

La cabeza del diablo

Jesús Campos García

A Berta, por todo.

PERSONAJES

CABEZA PARLANTE

YUSUF

GERBERTO DE AURILLAC (SILVESTRE II, Papa)

BEN ABI AMIR (ALMANZOR)

MANIPULADOR

RAMÓN BORRELL, conde de Barcelona

JUAN XIII, Papa

DAMIANO

OTTON II (EL «ROJO»)

ARZOBISPO DE SENS

ARZOBISPO DE TOURS

ARZOBISPO DE BOURGES

AIRARDO

MAYORDOMO

ABEN MASARRA

SARA

OTTON III

CONSEJERO

GREGORIO V, Papa

JUAN XVI, Antipapa

TÚSCULO

CRES CENZIO

MUJER DE CRES CENZIO

SIERVO

DAMA

CARDENAL

LA MUERTE

Así como **DAMAS, MANIPULADORES, CLÉRIGOS, NOBLES, HOMBRES DE CIENCIA, SIERVOS, FRAILES, ARMADOS, VERDUGOS, CARDENALES y PAJES.**

Obra en la que se representa la historia de GERBERTO DE AURILLAC: arabista, matemático, mecánico, inventor y filósofo maestrescuela de Reims; el cual ocupó el solio pontificio en las postrimerías del milenio con el nombre de SILVESTRE II, y de quien se dijo, sin mayor fundamento, que llegó a poseer LA CABEZA DEL DIABLO.

La acción transcurre en Córdoba, Roma, Reims, Rávena, Paterno y Jerusalem (?). Hace sólo 1000 años.

ACTO I

Escena I

Córdoba, 960 d. C.-344 H.

Un haz de luz ilumina la CABEZA barbada que se muestra sobre una bandeja suspendida en el aire y, de inmediato, una gran lengua de fuego sale de su boca, al tiempo que un bramido atruena la sala. Tras el bramido, se oyen otros ruidos de naturaleza imprecisa.

Entran en escena, iluminándose con un farol de calabaza, los jóvenes GERBERTO de Aurillac, BEN ABI AMIR y YUSUF.

CABEZA.- Sírveme y te serviré.

(GERBERTO muestra cierto temor, si bien se sobrepone.)

Obra según mis fines y tus demandas serán saciadas.

(La CABEZA gira suavemente a derecha e izquierda.)

Sírveme y te serviré.

(Silba el viento. Grazna un grajo.)

Atiende mis deseos y te daré satisfacción en aquello que demandes.

(Relámpagos y truenos sacuden la escena.)

YUSUF.- Impresionante, ¿no?

GERBERTO.- Curioso, diría yo.

CABEZA.- Sírveme y te serviré.

(Su mirada verde (láser) penetra la oscuridad.)

Ofréceme tus diezmos y, antes de cinco lustros, habré quintuplicado tu fortuna.

(La CABEZA vuelve a bramar y otra lengua de fuego sale de su boca, sin que GERBERTO haga el menor aspaviento.)

GERBERTO.- ¿Es todo lo que sabe?

YUSUF.- También hace conjuros con los que doblegar la voluntad.

GERBERTO.- Pues no es mucho.

YUSUF.- Y supura una pócima por los orificios del degüello que propicia los lances de amor.

(Silba el viento.)

CABEZA.- Sírveme y te serviré.

(Graznidos de grajo.)

Sométete a mi poder y te convertiré en el más poderoso de los mortales.

(Relámpagos y truenos.)

GERBERTO.- (A YUSUF.) Parad al ingenio parlante. Y que cesen los trucos.

BEN ABI AMIR.- ¿No os parece sobrenatural?

GERBERTO.- (Decepcionado.) Esperaba otra magia menos marionetera.

(A un gesto de YUSUF, la CABEZA se detiene, cesan los efectos y se ilumina la escena.)

YUSUF.- No encontraréis nada igual en toda la cuenca del Guadalquivir.

GERBERTO.- No puede ser esta la Cabeza en la que reside la ciencia del mal. Y dudo de que semejante simulación pueda convencer a nadie que no esté convencido de antemano.

BEN ABI AMIR.- Córdoba está llena de cabezas parlantes; pero ninguna alcanza tanta perfección.

GERBERTO.- Pues por mí, ya pueden desmontar el tingladillo. No busco artilugios de invención humana; ingenios que gesticulan accionados por muelles y resortes; que esta industria nada tiene que ver con la sabiduría, por más que se fundamente en saberes tan antiguos como antigua es la necesidad que tienen los indigentes de escuchar la promesa de su fortuna.

YUSUF.- (Dirigiéndose al fondo.) Ya habéis oído. Podéis recoger los aparejos.

(En la penumbra, entre las cortinillas, aparecen las cabezas barbadas de los MANIPULADORES, cuya semejanza con la CABEZA degollada es evidente.)

MANIPULADOR.- ¿No resultó de vuestro agrado?

GERBERTO.- ¡Oh, sí! Es de mucho mérito, pero no es lo que ando buscando.

(A una señal de YUSUF, los MANIPULADORES comienzan a desmontar el tingladillo.)

BEN ABI AMIR.- Pues un hombre culto, como vos, que se valiera de estos artificios, bien podría ganarse el sustento.

GERBERTO.- Magos que se quitan el hambre prometiendo fortuna a los hambrientos, ya los hay en Aquitania.

YUSUF.- Pero ninguno con semejante Bafomet

GERBERTO.- No he venido hasta al-Andalus para volver cargado con un autómeta.

YUSUF.- Como queráis; pero ni en Siria -donde, según cuentan, se concibió la cabeza del mal- encontraréis nada mejor.

GERBERTO.- ¿Cómo según cuentan? Os lo he contado yo.

YUSUF.- **(Cogido en falta.)** Bueno, sí.

BEN ABI AMIR.- ¿Qué historia es ésta?

YUSUF.- Una muerta a la que violaron en su tumba y que, al parecer, engendró en sus entrañas...

GERBERTO.- **(Incómodo por la presencia de los MANIPULADORES.)** Probablemente, sólo una alegoría, que no conviene publicar en exceso. **(A YUSUF.)** Así que dejaos de historias y aflojad la taleguilla.

YUSUF.- **(Asegurándola.)** ¿La taleguilla?

GERBERTO.- Sí, vengan acá esos cuarenta maravedíes que anticipé por nada.

YUSUF.- ¿Cómo por nada? Yo he cumplido mi parte del trato.

GERBERTO.- **(Tira de daga con facilidad y, pendenciero, le empuja con ella en la panza.)** No os confundáis conmigo.

YUSUF.- No juguéis con el acero, que soy de piel blanda.

MANIPULADOR.- **(Respaldado por sus ayudantes.)** Eh, ¿qué es lo que pasa ahí?

BEN ABI AMIR.- Tranquilos, que son bromas de amigos.

MANIPULADOR.- **(A YUSUF.)** ¿Es verdad eso que dice?

YUSUF.- **(Que no las tiene todas consigo.)** Más me valga.

BEN ABI AMIR.- **(A los MANIPULADORES.)** Vosotros seguid con lo vuestro, que ya tercio yo en esta pendencia. **(A GERBERTO.)** Y vos, guardad esa daga, no sea que se nos vaya por las patas abajo.

(Los MANIPULADORES continúan recogiendo sus bártulos, si bien atentos a lo que acontece.)

GERBERTO.- (Enfundando.) Pues que muestre la Cabeza del Diablo que me prometió.

BEN ABI AMIR.- ¿Prometisteis tal cosa?

YUSUF.- Yo hablaba de autómatas. A saber lo que él entendería.

GERBERTO.- Puede que me equivocara el afán; aunque vos me alentasteis en el error.

BEN ABI AMIR.- (A GERBERTO.) Y, si no es un ingenio parlante, ¿qué cabeza es la que buscáis?

GERBERTO.- (Procurando no ser oído por los MANIPULADORES.) La del Diablo. La auténtica, la engendrada en el vientre de la muerte con el semen del mal.

BEN ABI AMIR.- ¡Anda ahí mi madre! Pues no es mal empeño.

YUSUF.- ¿Y en serio pensasteis que si yo supiera el modo de encontrar un prodigio así iba a seguir de mercader, pudiendo ser el amo del mundo?

GERBERTO.- ¿En pago de qué, si no, iba a daros semejante fortuna?

YUSUF.- ¿Fortuna, decís? Y apenas si alcanza para cubrir los gastos.

BEN ABI AMIR.- No sé qué gasto pudo haceros con venir caminando desde Tarragona.

YUSUF.- Sólo faltaba que os pusierais también de su parte. Le proporcioné el salvoconducto, que jamás hubiera cruzado las marcas de no venir en mi caravana. (**A GERBERTO.**) Además, subisteis a los carros siempre que se os antojó.

BEN ABI AMIR.- ¿Es eso verdad?

GERBERTO.- Cierto, nunca lo negué. (**Subiendo el tono para hacerse oír por los MANIPULADORES.**) Tan cierto como que holgué con las esclavas cuantas veces me vino en gana.

YUSUF.- (**Por bajo.**) ¿Queréis callar? ¿No veis que me buscáis la perdición?

BEN ABI AMIR.- ¿Holgasteis con las concubinas del Califa?

YUSUF.- No, si conseguiréis que me crucifiquen.

(**Los MANIPULADORES, que han acabado de recoger, escuchan interesados.**)

Y vosotros, si habéis acabado de plegar, podéis marchar en buena hora.

MANIPULADOR.- Si queréis, nos quedamos.

BEN ABI AMIR.- Marchad tranquilos, que ya me encargo yo de que no llegue la sangre al río.

YUSUF.- Aunque mejor no os marchéis del todo, por si fuera menester vuestro concurso.

MANIPULADOR.- Pues ahí nos tenéis, apostados en el adarve, para lo que se tercie.

(**Los MANIPULADORES salen llevando consigo los utensilios de la ficción.**)

BEN ABI AMIR.- (A GERBERTO.) ¿Y es cierto que holgasteis? (A YUSUF.) Conmigo nunca tuvisteis un detalle así.

YUSUF.- Ya veis, puso su mano en ellas antes que el Califa, y aún anda quejoso.

GERBERTO.- Media Tarragona ha puesto su mano en ellas antes que el Califa. Y la otra media no sólo puso la mano.

BEN ABI AMIR.- Pues si eso llegara a saberse, los mismos que te hacen rico te harían muerto.

YUSUF.- Que un rayo me parta si no han llegado tan intactas como cuando me las confiaron.

GERBERTO.- Bien cosidas sí que están.

YUSUF.- Vírgenes o remendadas, como salieron de Tarragona; así las entregué a los eunucos de la Ruzafa. (A GERBERTO.) Salvo que abusarais de mi confianza.

GERBERTO.- Yo sólo las sodomicé, tal como convinimos.

BEN ABI AMIR.- Pues si eso fue así, cosed vuestros labios como alguna buena madre debió coser los de esas doncellas, o la próxima cabeza parlante que encontremos en el zoco será la de Yusuf... degollado. (Y ríen.)

YUSUF.- Sí, vosotros reiros.

GERBERTO.- No hará falta que nadie lo proclame. Que en cuanto las vean moverse, hasta el más necio las sabrá avanzadas.

YUSUF.- No sé qué malicia le veis a que sean voluptuosas. Para eso nos las llevan a Cataluña, para que las enseñemos a seducir.

BEN ABI AMIR.- (Irónico.) Creía que era para que aprendieran el idioma, y no para que las adiestrarais en el manejo de la lengua.

YUSUF.- También, en la escuela de traductores (**Señalando a GERBERTO.**), que allí fue donde le conocí. Pero, sobre todo, para que las inicien en las artes del harén nuestros cátedros de Tarragona.

GERBERTO.- Buen oficio para un fraile huido. Y mejor que arabizarles el esclavo, más me hubiera convenido sentar cátedra carnal e impartirles lujurias.

BEN ABI AMIR.- ¡Fundemos academia en las riberas del Betis!

YUSUF.- ¡Alto ahí! No os confundáis, que no se las instruyen en el fornicio; que tales prácticas acarrearían la pérdida del paraíso.

GERBERTO.- Pues no se me alcanza mejor paraíso que el de ser zorro guardando gallinas, y lo que es más placentero: enseñándolas a zorrear.

BEN ABI AMIR.- Oyéndoos hablar, nadie os haría hombre de Iglesia.

GERBERTO.- Benedictino fui, pero de eso hace ya más de seis meses. Y mejor si no se advierte, que tal condición no resulta conveniente para mis fines. (**A YUSUF.**) Pero volvamos a lo que importa, y aflojad ya la taleguilla.

YUSUF.- ¿En esas andamos todavía? (**A BEN ABI AMIR.**) Terciad vos y acabemos el pleito en mala hora. Que ya me arrepiento de haberle servido por tan poco.

BEN ABI AMIR.- ¿Me estáis pidiendo que me pronuncie?

YUSUF.- Sentenciad el caso, si él se aviene.

BEN ABI AMIR.- No puedo dictaminar sin antes efectuar ciertas indagaciones.

YUSUF.- ¡Valiente jurisconsulto! Hicisteis bien en poner una tienda de paños y brocados; que, como cadí...

BEN ABI AMIR.- (Bromea.) Tendré que examinar a las esclavas antes de pronunciarme.

(Risas generales.)

GERBERTO.- ¿Es cierto que habéis estudiado jurisprudencia?

BEN ABI AMIR.- Y literatura. Pero el saber de poco vale si no se tienen valedores. Por eso me establecí junto al palacio califal, para introducirme en la corte; y así, mal que bien, ya les hice algún trabajo para la biblioteca; como copista.

YUSUF.- A la mismísima princesa Subh, esposa de al-Hakam, le ha hecho, sí, más de un trabajo; aunque no sabía que a tales menesteres se les llamara copistería.

BEN ABI AMIR.- Burlaos si queréis, pero ya veréis como acaban nombrándome cadí de alguna cora importante. De Sevilla, si está en mi mano; que no quisiera alejarme de las riberas del Guadalquivir.

GERBERTO.- Siendo así, qué mejor juez para nuestro litigio.

BEN ABI AMIR.- (A YUSUF.) ¿Acataríais mi sentencia?

YUSUF.- (Encogiéndose de hombros.) Con tal de dar el pleito por zanjado...

BEN ABI AMIR.- (A ambos.) En tal caso, deberéis darme un dinar. Que no es de buen jurisconsulto impartir justicia sin antes fijar los honorarios.

YUSUF.- ¿Veis? Esto de aseguraros el salario, sí que os acredita como hombre de leyes. **(Le da la moneda de mala gana.)**

GERBERTO.- (Dándole también la suya.) Y bien, ¿cuál es vuestra sentencia?

BEN ABI AMIR.- Oídas las partes -que poco más, supongo, tendréis ya que alegar-, en las consideraciones, considero que, si bien es cierto que os trajo a la capital del Califato, no lo es tanto que la cabeza que os mostrara fuera en nada diabólica, salvo en la circunstancia de ser manipulada por unos pobres diablos.

GERBERTO.- Eso es más que sabido.

BEN ABI AMIR.- Calmaos. **(Y continúa.)** Y considerando que, si bien es cierto que le trajo a la capital del Califato, no lo es tanto que la cabeza que le mostrara fuera en nada diabólica, salvo en la circunstancia de ser manipulada por unos pobres diablos.

YUSUF.- ¡Sobra ya la sentencia!

BEN ABI AMIR.- Por lo que dictamino que os sean devueltos treinta maravedíes **(A YUSUF.)**, quedando el resto en pago del salvoconducto y de los gastos que os pueda haber originado. **(A GERBERTO.)** Ahora bien, si algún día llegarais a poseer tan portentosa cabeza, deberéis volver a al-Andalus para hacernos partícipes de vuestra fortuna.

YUSUF.- ¿Y las esclavas? ¿Es que no valoráis en nada la holganza con mujeres tan blancas y perfumadas?

BEN ABI AMIR.- ¡Ah!, eso ya... Si consideráis que debe pagar por su disfrute, denunciadlo al Califa; y que sea él quien se lo reclame, puesto que son suyas.

YUSUF.- **(A BEN ABI AMIR.)** ¿Y vos sois un amigo?

(Al tiempo que le entrega la taleguilla a GERBERTO, de mala gana.)

BEN ABI AMIR.- El prestigio de un cadí se fundamenta en su imparcialidad, y si aspiro a la judicatura del Califato, mal puedo prestarme a componendas; y menos en pleito de tan poca monta.

GERBERTO.- Por mi parte, acato la sentencia; aunque yo reclamaba los cuarenta. (A YUSUF.) Y alegrad esa cara, que en cuanto encuentre la Cabeza -que así me fue revelado en un sueño-, este pleito aumentará vuestra fortuna.

YUSUF.- ¿A cuánto no ascendería mi fortuna si diera por ciertos los beneficios que se obtienen en los sueños? Yo vivo de los negocios, y no de las quimeras.

GERBERTO.- No hablo de ensoñaciones, sino de un sueño místico provocado por un bebedizo de elédoro negro que nos trajo al convento una madre abadesa que regresaba de los Santos Lugares. En él se me apareció el diablo en forma de fiera, transformándose al punto en un hombre que tenía la cabeza de un ave. Y de tal guisa, me manifestó que dominaría el mundo y alcanzaría la inmortalidad, siempre y cuando no dijera misa en Jerusalem. Condición que, como comprenderéis, no es para mí ningún problema. Eso sí, para conseguirlo debería encontrar su cabeza y pensar con ella. Y en ese empeño estoy.

BEN ABI AMIR.- (A YUSUF.) Y decís que estoy loco porque sueño en impartir justicia en la Mezquita aljama. He aquí a un hombre que no le pone límite a su afán.

YUSUF.- (A GERBERTO.) Pues si eso fuese así, cuando llegue el día de vuestra fortuna, volved a resarcirme, que aquí estaré trayendo esclavas desde Tarragona, que somos proveedores de los palacios califales desde los tiempos de Abderramán; por lo que no os será difícil encontrarme.

BEN ABI AMIR.- ¿Y a dónde pensáis encaminar vuestros pasos, ahora que le habéis perdido el rastro a vuestro Bafomet?

GERBERTO.- Volveré a la corte de Barcelona para medrar en ella. Cuento allí con amigos que me introducirán en la Escuela de Traductores, pues me conviene acceder a su biblioteca por si diera con algún indicio. Que así fue, traduciendo unos libros, como tuve noticia de la Cabeza.

BEN ABI AMIR.- (A GERBERTO.) Deberíais quedaros en Córdoba hasta la llegada de la primavera. Si queréis, puedo presentaros en la biblioteca del Alcázar. Además, son muchas las tertulias y reuniones secretas que aquí se celebran, y un oído atento como el vuestro sacaría provecho de lo que en ellas pudiera decirse.

YUSUF.- No me lo entretengáis, no sea que llegue tarde a su cita con el diablo.

GERBERTO.- Descuidad, que acudiré puntual; si es que se digna llamarme. Mas, mientras llega ese momento, bajemos a la ribera en busca de compañía y hagamos algo prohibido para ganarnos su voluntad.

(Risas y oscuro.)

Escena II

Roma, 970 d. C.

**RAMÓN BORRELL, conde de Barcelona, y GERBERTO
DE AURILLAC, que lleva consigo un pequeño hato,
pasean por el claustro de Letrán.**

BORRELL.- Espero no tener que arrepentirme.

GERBERTO.- No diré nada que no piense.

BORRELL.- Eso, justamente, es lo que me preocupa. Vuestra estancia en Roma podría ser de gran utilidad para la independencia del Condado. O al menos, así piensa vuestro maestro, aunque, en mi opinión, es un arma de doble filo; pues si bien es cierto que estáis bien dotado para la diplomacia, todo lo echáis por tierra cuando, dejando de lado la razón, os da por desvariar y os expresáis con ideas más propias de visionario que no de hombre de ciencia.

GERBERTO.- Sabré ser lisonjero y haré uso de la impostura, si eso me abre las puertas de la biblioteca vaticana.

BORRELL.- Cuenta os tiene, que aquí la corte es mucho más estricta.

GERBERTO.- ¿Roma estricta?

BORRELL.- No en las costumbres, harto tolerantes, sino en las alianzas. Así, una opinión inconveniente puede abriros la losa del sepulcro, que en esta santa ciudad se escancian los venenos con más generosidad que en Cataluña los vinos.

GERBERTO.- Seré cauto y andaré surtido de antídotos, por si me fallara el paladar.

BORRELL.- ¿Habéis traído el reloj?

GERBERTO.- Aquí, en el hato.

BORRELL.- (Apremiante.) No olvidéis obsequiárselo.

GERBERTO.- ¿No debería ser yo quien estuviera nervioso?

(Entra JUAN XIII, acompañado por un CLÉRIGO que se mantiene a distancia.)

BORRELL.- (Inclinándose.) Santidad.

JUAN XIII.- Luego éste es Gerberto de Aurillac.

GERBERTO.- Santidad.

JUAN XIII.- Me hablaron de vos en términos muy elogiosos.

GERBERTO.- ¿Qué otra cosa podía esperarse de mi maestro y mi protector?

JUAN XIII.- Sin embargo, vos no sois catalán. ¿O me equivoco?

GERBERTO.- Soy galo.

BORRELL.- (Con énfasis.) Descendiente de los condes de Aquitania.

GERBERTO.- Aunque por línea bastarda.

BORRELL.- (Incómodo por la apostilla.) Y muy versado en música y matemáticas.

JUAN XIII.- (Divertido por la apostilla.) ¿Es cierto que viajasteis a al-Andalus para aprender los números árabes?

GERBERTO.- A Córdoba. Mas no fue allí donde aprendí su numeración, sino en Vich y Ripoll. Su Santidad ya conoce a mi maestro.

BORRELL.- Merced a esos conocimientos, ha construido una máquina capaz de medir el tiempo sin necesidad de arena. **(Urge a GERBERTO.)** ¡El reloj!

GERBERTO.- ¡Ah, sí! **(Y comienza a desatar el hato.)**

JUAN XIII.- ¿Un reloj que no necesita arena?

BORRELL.- Deseaba obsequiároslo.

GERBERTO.- Actúa en virtud de estos contrapesos. **(Lo pone a funcionar.)** El péndulo hace girar la rueda dentada y así las manillas van señalando las horas.

BORRELL.- Impresionante, ¿no?

GERBERTO.- Simple en extremo.

JUAN XIII.- **(Tras una larga pausa durante la que sólo se escucha el tic-tac del reloj.)** Curioso. **(Tras una nueva pausa.)** Viéndolo oscilar, uno siente cómo la vida escapa acompasadamente. Con los de arena, en cambio, fluye como agua. Me vendrá bien, ahora que no es mucho el tiempo que me queda, oír cómo esta máquina me advierte de su brevedad.

(JUAN XIII hace una señal al CLÉRIGO, y éste se acerca para recoger el reloj.)

BORRELL.- Lamentaría que tan humilde obsequio hubiera entristecido en Su Santidad.

JUAN XIII.- **(Jovialmente a GERBERTO, sin atender a lo dicho por BORRELL.)** ¿Y es cierto lo que cuentan de que fuisteis a al-Andalus tras la Cabeza del Diablo?

BORRELL.- ¡Infundios!

GERBERTO.- **(Reacciona divertido.)** Cosas de juventud.

JUAN XIII.- Viéndoos aquí, me atrevo a pensar que no la encontrasteis.

BORRELL.- **(Descolocado.)** Eso, de juventud.

GERBERTO.- Pues no. Aunque sí vi muy buenas imitaciones; ingenios fabricados con mucha pericia; que los árabes, tanto para construir autómatas como para otras muchas ciencias, son gentes afianzadas en el saber.

BORRELL.- Sí; afortunadamente, no la encontró. Aunque no faltan maledicentes que le señalan por haber ido en busca de tan enigmática entidad.

JUAN XIII.- Sólo quien busca, encuentra. Aunque no siempre encuentre aquello que buscaba.

BORRELL.- También conoce a la perfección las lenguas eslavas.

JUAN XIII.- Ya, ya tengo noticia de cómo aprendió las tales lenguas.

BORRELL.- ¡Ah!

JUAN XIII.- Y contadme de al-Andalus?: ¿qué fue lo que más os impresionó?

GERBERTO.- Su unidad.

JUAN XIII.- ¿Su unidad?

GERBERTO.- Sí, y no me refiero a la unidad del territorio, sino a la ciencia política con la que los califas han sabido vincular los intereses de su Iglesia con los del Estado. Todos los esfuerzos se concitan en una sola voluntad, y eso hace grande a un pueblo.

BORRELL.- ¿Acaso no hay disidentes?

GERBERTO.- Los hay. Son muchos los omeyas descontentos por la creciente influencia de los eslavos. Aun así, no imagino una revuelta como la que aquí, en Roma, dio lugar al destierro de Su Santidad.

JUAN XIII.- Creedme, un mal menor; que, preso en Sant'Angelo, llegué a temer incluso por mi vida; de ahí que marchara al destierro con gran alivio.

BORRELL.- (Incómodo por cómo se produce la conversación.) Lamentable.

JUAN XIII.- Y así acabó el intento de doblegar a la nobleza romana.

GERBERTO.- (Con vehemencia.) El error fue no actuar conjuntamente. Ya, ya sé que el Emperador os respaldó. Y que fue extremadamente severo con los Crescenzios. Pero hay que actuar al unísono; de lo contrario, tales acciones no sólo no sofocan la sedición, sino que la enardecen.

BORRELL.- (Explotando.) ¿Vais a darle lecciones a Su Santidad?

GERBERTO.- Yo...

JUAN XIII.- Dejadlo continuar, que no anda falto de razón. De hecho, tras los tumultos, la situación es mucho peor que cuando accedí al Pontificado.

GERBERTO.- En apenas un siglo, los papas y antipapas pasan de la treintena; los más, canonizados con intrigas, y no pocos, depuestos con veneno. Pues bien, ni con revueltas ni con represiones se pondrá fin a tanta felonía.

(GERBERTO se detiene ante la mirada airada de BORRELL. JUAN XIII, en cambio, lo anima a continuar.)

GERBERTO.- Las iglesias locales han perdido la estima por el Pontificado y, de seguir así, no sólo será imposible la unidad política de la Cristiandad, sino que hasta la Iglesia misma corre el peligro de feudalizarse.

JUAN XIII.- ¿Y cuál es vuestra propuesta? Porque tenéis una propuesta.

GERBERTO.- Conquistar los Santos Lugares.

JUAN XIII.- No veo la relación.

GERBERTO.- Hay que acometer una empresa que ataña por igual a reyes y a abades; a clérigos y a caballeros. Que germanos, borgoñeses, navarros e italianos sumen sus voluntades contra el infiel. Son dos los peligros que se ciernen sobre la Cristiandad: uno, su descomposición interna; otro, el avance del Islam. Pues bien, la conquista de los Santos Lugares daría respuesta a ambas amenazas.

JUAN XIII.- Un plan muy arriesgado.

BORRELL.- Tal vez debí advertir a Su Santidad de que, entre sus muchas cualidades, no destaca la moderación.

JUAN XIII.- Sí, muy arriesgado. **(Pausa.)** Deberías exponérselo al Emperador. **(A BORRELL.)** Ha sido un acierto que lo hayáis traído con vos. Ahora, si no tenéis inconveniente, desearía departir con él en privado, pues me importan unas cuestiones que atañen a su condición de hombre de Iglesia.

BORRELL.- Si Su Santidad me lo permite. **(Apunta una reverencia.)**

JUAN XIII.- **(Al CLÉRIGO.)** Acompañadle.

(Sale RAMÓN BORRELL, Conde de Barcelona, seguido por el CLÉRIGO. JUAN XIII y GERBERTO DE AURILLAC quedan en silencio por un momento.)

JUAN XIII.- Desearía haceros unas preguntas; no en confesión, sino en confidencia. **(Tras una pausa.)** ¿Seguís buscando la Cabeza del Diablo?

GERBERTO.- Incluso cuando no la busco.

JUAN XIII.- Lo suponía.

GERBERTO.- Nada excita tanto mi curiosidad como la revelación de ese misterio. Necesito alcanzar el origen del mal, desentrañar su alquimia, comprender su naturaleza.

JUAN XIII.- Os entiendo. **(Pausa.)** Y una última pregunta. **(Nueva pausa.)** ¿Creéis en la existencia de Dios?

GERBERTO.- **(Pausa larga.)** Cómo me gustaría tener una respuesta clara y concisa. **(Calla apesadumbrado y, tras una nueva pausa, añade presuroso.)** Y no creáis, no, que evito la respuesta, pero vivo en una duda infinita. **(Pausa.)** Tal vez mi obsesión por alcanzar las causas del mal no sea sino un modo de buscar a Dios.

JUAN XIII.- Os entiendo. **(Y, tras una pausa.)** Os entiendo.

(Oscuro.)

Escena III

Reims, 980 d. C.

En la Sala Capitular de la Escuela Catedralicia de Reims, GERBERTO DE AURILLAC y DAMIANO, elevados en sendos púlpitos, sostienen acaloradamente sus opiniones ante OTTON II «El Rojo». El Emperador sigue el debate desde el estrado, rodeado de su corte: nobles, clérigos y hombres de ciencia.

GERBERTO.- La existencia de Dios no puede depender de nuestra necesidad. El hambre, las epidemias o el cataclismo que se anuncia para el fin del milenio no pueden ser los motivos de nuestra fe. Mientras no nos acerquemos a Dios valiéndonos de la razón, seremos como esos hechiceros que amenazan con la ira de falsas divinidades para sumir al pueblo en la ignorancia y la superstición.

DAMIANO.- ¿Considera Su Reverencia que debemos desvelar los misterios de la fe mediante el uso de la gramática? ¿Hemos acaso de desentrañar la palabra de Dios aplicando las mismas reglas con que se enjuicia la palabra de los hombres?

GERBERTO.- Sobre todas las criaturas que han sido creadas, el hombre posee la facultad de razonar. Un don que, no lo olvidéis, le ha sido otorgado por Dios. Aunque ya veo que a Su Reverencia tal facultad no le merece muy buena opinión.

DAMIANO.- Nada tengo en contra de esa habilidad, si bien considero que, al igual que otras artes liberales, la gramática -y por ende, la razón- es un ingenioso entretenimiento, pero nada más. Yo mismo, para pasar el rato, confieso haberme ocupado en esos menesteres. Aunque, francamente: como entretenimiento, prefiero el ajedrez.

(Risas generales.)

GERBERTO.- No conocía esos devaneos de vuestra Reverencia con la dialéctica. ¿Y... sois realista, o tal vez debo incluíros entre los «moderni»?

(Nuevas risas.)

DAMIANO.- Haced como os plazca. Mas, en lo que nos importa, os diré que la dialéctica, en la medida en que no se interesa por Dios ni ayuda en nada a la salvación del alma, sólo puede considerarse como una ocupación inferior. Y en cuanto a su relación con la teología, el puesto que le corresponde es el de esclava, pues si bien de forma subordinada puede ser apta para regular el orden de la discusión, difícilmente por sí sola puede definir la esencia de lo real.

GERBERTO.- ¿Niega Su Reverencia la autoridad de Platón y de Aristóteles?

DAMIANO.- ¿Vais a compararla con la de los Apóstoles, que la recibieron del Espíritu Santo? Vuestra osadía, al someter los dogmas a las reglas de la razón, atenta contra la autoridad de los Padres de la Iglesia. Es más, y oíd bien lo que os digo: con tal intento podéis incluso incurrir en herejía, pues estáis cuestionando la verdad revelada mediante el uso de ciencias inventadas por herejes.

GERBERTO.- Cierto que el empleo de la dialéctica nos aparta de los Padres de la Iglesia, mas eso no supone que nos aparte de Dios. El Creador, que es la razón suprema, nos creó a su imagen y semejanza; por tanto, someter nuestra fe a las reglas de la razón no sólo no nos aparta de Dios, sino que nos acerca a Él.

DAMIANO.- ¿Considerar a Dios como la Razón Suprema se opone a que sea Todopoderoso?

GERBERTO.- No veo contradicción en ello.

DAMIANO.- Siendo así, si a Dios Todopoderoso se le ocurriera hacer desaparecer un hecho histórico -el Imperio carolingio, por ejemplo-, ¿cómo explicaríais, desde sus Razón Suprema, la desaparición de ese período? ¿Adónde iría a parar vuestro principio de no contradicción?

GERBERTO.- Dejad en paz al noble Carlomagno en su tumba de Aquisgram y no ofendáis a Dios con tales ocurrencias, propias de juglares y encantadores. Y si lo que pretendéis es que crucemos nuestras lanzas en un torneo dialéctico, hagámoslo en torno a otra cuestión más adecuada, sobre la que he meditado largamente y para la que confieso no tener respuesta.

DAMIANO.- Os escucho.

GERBERTO.- Admitido que el pecado original es una infección del alma por el mal, nos encontramos con el siguiente dilema: si cada vez que nace un niño, Dios crea un alma nueva a partir de la nada, necesariamente es Dios el responsable de esa infección; y si negamos esto, estaremos negando que Dios crea el alma de forma individual. ¿Podrías, con la ayuda de vuestra fe, ayudarme a solucionar este problema?

(Pausa expectante, con cruce de miradas.)

DAMIANO.- Así, al pronto... Dejadme pensar.

OTTON II.- **(Poniéndose en pie, se dirige a los reunidos.)** Mucho me temo que no tengamos tiempo para resolver tan interesante cuestión. Mañana hemos de partir hacia Rávena; pues, como sabéis, los Crescenios volvieron a expulsar de Roma al nuevo Papa; y éste y otros asuntos políticos nos reclaman. **(Más directamente a GERBERTO.)** Acabamos de firmar el armisticio con el rey de Francia y ya hay que pertrecharse para ir contra los sarracenos. **(De nuevo a los reunidos.)** Cuánto más me gustaría poder gozar de estas veladas en las que se enriquece el espíritu, que no tener que atender los asuntos de la guerra. **(Hace un gesto de impotencia. Y según baja del estrado.)** Gracias por vuestras brillantes argumentaciones.

DAMIANO.- Majestad.

OTTON II- ¿Sí?

DAMIANO.- Permitidme, al menos, concluir enunciando dos proposiciones que definen mi posición.

OTTON II- Adelante.

DAMIANO.- (**Sentencia, tras una pausa.**) Los filósofos son agentes de Satanás. Y la gramática, una invención del diablo.

(Regocijo de una pequeña parte de los asistentes y perplejidad del resto.)

OTTON II- (**A GERBERTO, con sorna.**) ¿Deseáis rebatirle?

GERBERTO.- (**Haciendo una reverencia.**) Su argumentación es irrefutable.

(Risas de los antes perplejos. DAMIANO, ofendido, se marcha en compañía de sus incondicionales. OTTON II camina hacia GERBERTO, y éste le sale al paso. El resto de los asistentes se congregan en pequeños grupos y, gradualmente, van abandonando la estancia en distintas direcciones.)

OTTON II- Un desafortunado colofón para tan interesante velada.

GERBERTO.- Damiano es sin duda un santo varón. Sin embargo, entre sus muchas virtudes, no destaca la tolerancia.

OTTON II- A veces dudo de su inteligencia.

GERBERTO.- Suele plantear cuestiones tan arcaicas... Aun así, la controversia estimula mi imaginación.

OTTON II.- Lamentaría que os hubiera enojado.

GERBERTO.- ¿Por su despropósito? Estoy acostumbrado. **(Pausa.)** Lo que realmente me preocupa son los sucesos de Roma; la actitud de Crescenzo: su continuo hostigamiento al papado, el desacato a vuestra autoridad.

OTTON II.- Y si al menos actuara a cara descubierta... Se adivina su mano detrás de cada algarabía, pero no siempre es fácil probar su implicación. Cuando mataron a Benedicto VI, debí hacerles ajusticiar; a él por asesino, y a Bonifacio por usurpar el Pontificado. Pero me detuvo el temor a un enfrentamiento con la nobleza romana y ahora estamos pagando ese error. Mandarle al destierro fue aplazar el problema y, a la postre, agravarlo, pues tras su regreso goza aún, si cabe, de mayor prestigio y popularidad.

GERBERTO.- Siempre pensé que al amparo de sus reivindicaciones nacionalistas ocultaba una desmedida afición por la intriga. Para él, la rebelión no es más que un juego. Cuanto más pasa el tiempo, más convencido estoy de que le aburre el gobierno de la ciudad tanto como le divierte conspirar.

OTTON II.- No deja de ser una aguda observación. Pero, ¿cómo se ataja ese mal? ¿Debo nombrarle, acaso, conspirador oficial del Imperio?

(Ambos ríen.)

GERBERTO.- Hace años traté de convencer a vuestro padre para que acometiera la conquista de Jerusalem.

OTTON II.- Conozco vuestro propósito.

GERBERTO.- Una empresa así encauzaría el ardor de nuestros correligionarios y evitaría tanta guerra fratricida.

OTTON II.- Soy de vuestra opinión, y convengo con vos en que tal empeño aunaría muchas voluntades. Es más, es mi intención aliarme con Hugo Capeto y con el rey de la Borgoña para enviar nuestras mesnadas contra los sarracenos.

GERBERTO.- Nada como un enemigo común para cimentar una alianza.

OTTON II.- Sin embargo, la conquista de los Santos Lugares se me hace un camino lleno de escollos.

GERBERTO.- Que ya se irían allanando, según urgieran.

OTTON II.- (**Tras meditarlo.**) Deberíais visitarnos en Rávena para sopesar juntos la conveniencia de llevar a cabo vuestro plan. (**Invitándole con un gesto a que le acompañe en la salida.**) Por cierto, la Reina os envía sus saludos.

GERBERTO.- ¿Continúa aún convaleciente?

OTTON II.- Un físico persa que le enviaron sus padres desde Grecia ha obrado el prodigio de su recuperación.

GERBERTO.- Algo sabía por una misiva de vuestra madre, en la que también celebraba lo despierto que es vuestro hijo.

OTTON II.- (**Con orgullo.**) ¿Despierto? Nació con los ojos abiertos, que jamás se vio cosa igual. A fe que no habrá de pasar mucho tiempo sin que, ya desde la cuna, se interese por las cuestiones del gobierno.

GERBERTO.- Siempre es un alivio saber que la dinastía está asegurada.

OTTON II.- Máxime cuando, con tanta frecuencia, hay que arriesgar la vida defendiendo al Imperio en el campo de batalla.

(Salen y oscuro.)

Escena IV

Rávena, 983 d. C.

OTTON II «el Rojo», echado en el lecho, es atendido por su madre, ADELAIDA de Italia, y por su esposa, TEOFANÍA de Grecia. También por el físico HAIY ABBAS de Persia, el cual calienta un cuenco en un hornillo.

ADELAIDA.- (Remetiendo las ropas de la cama.) Dejad ya de bregar, que os aireáis, y no es bueno enfriarse teniendo calenturas.

OTTON II.- Por favor, madre, no me abruméis con vuestros cuidados.

ADELAIDA.- Si no hubierais sido tan imprudente, no estaríais ahora de esta guisa.

OTTON II.- (Arrojándolas.) Y... y apartad de mí tanta osamenta.

ADELAIDA.- Son huesos de graja, para la sanación de cólicos y alferecías.

OTTON II.- Peor me lo ponéis. Que creía que eran reliquias.

ADELAIDA.- La abuela se los frotaba en el ombligo para aliviarse los flatos. Y una tía, hermana de mi madre...

OTTON II.- (Irritado.) Me niego a remediarme con hechizos y amuletos, por más que sea costumbre familiar. **(Incorporándose.)** Además, ya estoy harto de tanta cama.

ADELAIDA.- (Impidiéndoselo.) Volved al lecho de inmediato, que ya veis lo que os pasa por dormir al relente.

OTTON II.- (Malhumorado.) Bien, vale.

HAIY ABBAS.- Majestad, el mal que aqueja a vuestro hijo no es achacable a la inclemencia, sino a las aguas de un arroyo pestilente; que eso fue, sin duda, lo que lo infeccionó.

ADELAIDA.- No es menester un físico para averiguar cómo se originan los males, sino para qué remediarlos.

(TEOFANÍA y HAIY ABBAS intercambian miradas de complicidad y paciencia.)

HAIY ABBAS.- Hasta donde alcanza mi farmacopea, vuestro hijo está siendo tratado con los remedios más eficaces. **(Acercándole el cuenco a OTTON II.)** Bebed de este recuelo de capuchinas que, a buen seguro, os mitigará el dolor de tripas.

OTTON II.- (Tras beberlo de mala gana y con cara de asco.) Harto me tenéis con tanta pócima y tanto brebaje.

HAIY ABBAS.- No es agua de anís, pero, conforme discurra por los intestinos, os irá calmando los retortijones.

(Y sale llevando consigo el cuenco y el infiernillo.)

TEOFANÍA.- De sobra sabéis que no hay físico mejor en todo el oriente. **(Intenta arreglarle los cobertores.)**

OTTON II.- No me abriguéis tanto, que vais a conseguir que muera de un sofoco.

ADELAIDA.- (Disputándole la soberanía de los cobertores.) Dejad, ya le arropo yo.

OTTON II.- (Destapándose hasta la cintura.) ¿Queréis dejarme en paz?

ADELAIDA.- ¡Válgame Dios, que no tenéis arreglo!

(Sin ser anunciado, entra apresuradamente GERBERTO DE AURILLAC.)

GERBERTO.- Majestad.

OTTON II.- ¡Al fin! Temí que no llegarais.

GERBERTO.- Me puse en camino en cuanto recibí vuestro llamado. (Saluda a las damas.) Majestades. (A OTTON II.) Y, ¿qué es lo que os sucede?

OTTON II.- Lo que no pudieron las lanzas sarracenas lo consiguió el agua de un arroyo.

TEOFANÍA.- Una infección maligna que le sobrevino a causa de algún despojo pútrido.

ADELAIDA.- Eso dice el galeno, aunque para mí que es una destemplanza.

OTTON II.- Lo cierto es que me voy.

GERBERTO.- Tiene que haber remedios.

OTTON II.- La mano de Dios tapa los ojos del físico para que la ciencia no se oponga a sus designios.

TEOFANÍA.- Y si al menos se dejara cuidar...

ADELAIDA.- Ya sabéis como es de testarudo.

OTTON II- Digno hijo de su madre. **(Ríe sin que nadie le siga y, tras silenciar su risa, se dirige a las reinas con voz serena y conciliadora.)** Y ahora dejadnos, que he de hablar en privado con el Abad.

(ADELAIDA y TEOFANÍA salen en silencio.)

OTTON II- Es llegada mi hora.

GERBERTO.- ¿Tan mal os encontráis?

OTTON II- Os he mandado venir porque quiero nombraros preceptor de mi hijo.

GERBERTO.- Pero vuestro hijo tiene magníficos preceptores.

OTTON II- Ellos le impartirán el *trivium* y el *cuadrivium*.

GERBERTO.- ¿Entonces?

OTTON II- **(Con orgullo.)** Teníais que haberle visto en Verona cuando le nombré mi sucesor. Qué aplomo, con qué soltura se desenvolvía; y eso que sólo tiene tres años. «Mirabilia Mundi» le llaman, y no es para menos.

GERBERTO.- Será un gran emperador.

OTTON II- Quiero que lo forméis como gobernante, ya que, por desgracia, no podré ser yo quien lo haga. Debo transmitirle el afán de consolidar el Imperio, de lograr la unión de la Cristiandad, y quién mejor que a vos puedo encomendarle ese cometido. **(Pausa.)** Vuestra fue la idea, y fuisteis vos quien persuadió a mi padre para que la asumiera; luego, al abdicar, él fue quien me la legó a mí; y ahora el destino quiere que seáis vos de nuevo quien inculque ese anhelo en el tercero de los Ottones.

GERBERTO.- ¿No estáis precipitando los acontecimientos?

OTTON II- El cuerpo reconoce la llamada de la tierra.

(**GERBERTO hace ademán de reprocharle y OTTON II le silencia con un gesto.**)

Tras mi muerte, todos querrán controlar al heredero, por lo que ya he dispuesto que sea mi esposa quien se haga cargo de la regencia. (**Bromea.**) Tendré que oír a mi madre cuando se abra el testamento, pues, a buen seguro, pondrá el grito en el cielo.

(**Ambos ríen.**)

La compensaré con el gobierno de Italia. También me inquieta el duque de la Borgoña, aunque ya puse sobre aviso al Consejo de la Regencia. Son éstas, pues, cuestiones, si no resueltas, al menos previstas. Y nos queda Crescenzo.

GERBERTO.- ¿No se había enclaustrado?

OTTON II- Cuando cerqué Roma, tuvo el cinismo de retirarse a un monasterio para ponerse a salvo. Pero en cuanto tenga noticia de mi muerte, cuelga los hábitos y se pone al frente de los nacionales.

GERBERTO.- ¡Maldición de enemigo!

OTTON II- Os recomendaría una alianza con los bizantinos, pero no quisiera condicionaros, que la política ha de hacerse cada día, y lo que hoy parece oportuno, mañana pudiera resultar inconveniente.

GERBERTO.- Así es, que la mudanza humana llega a extremos tales que un mismo hombre, en su vejez, bien pudiera ser enemigo de aquel que fue en su juventud; si el tiempo le jugara la treta de enfrentarlo a sí mismo. **(Pausa.)** Y si hasta la persona más sencilla cambia de carácter con sólo recibir una afrenta, qué no ocurrirá con gentes avezadas en la intriga y la conspiración.

OTTON II.- A ese buen juicio vuestro deseo encomendar el cuidado de mi hijo. **(Pausa.)** Hace años que acaricio la idea de ofrecer el solio pontificio.

GERBERTO.- (Sorpresa, satisfacción, perplejidad, gran perturbación.) Yo...

OTTON II.- Siguiendo vuestro plan, me proponía reconstruir el Imperio Carolingio, alcanzar la unión con Bizancio. Así confiaba culminar mi reinado. Mas no es éste el momento de abordar tan grande empresa. Tal vez con vuestra ayuda sea mi hijo quien logre lo que la muerte me niega: una sola Cristiandad con un solo Papa y un solo Emperador; ambos unidos en la Ciudad de Roma.

(Oscuro.)

Escena V

Reims, 994 d. C.

GERBERTO, Arzobispo de Reims, conversa en el refectorio con los ARZOBISPOS DE SENS, TOURS y BOURGES.

ARZOBISPO DE SENS.- Es tarde para cabalgar; tal vez se haya hospedado en San Remigio.

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿Y si fue muerto en Roma? Pudieron tenderle una emboscada.

ARZOBISPO DE SENS.- No adelantemos acontecimientos.

ARZOBISPO DE TOURS.- Hace diez semanas que partió de Reims.

ARZOBISPO DE SENS.- Pudo entretenerse.

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿A descansar?

GERBERTO.- Si en diez días no regresa, enviaré en su busca.

ARZOBISPO DE BOURGES.- (Que habla con la boca llena.) Yo no me preocuparía.

ARZOBISPO DE TOURS.- Es manifiesto que no os preocupáis.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Máxime cuando ya sabemos de antemano cuál va a ser el resultado de su mediación.

ARZOBISPO DE SENS.- Tal vez debimos acudir al requerimiento del Pontífice.

GERBERTO.- (Levantándose de la mesa.) Hicimos lo que teníamos que hacer; de nada vale lamentarse ahora. (Dirigiéndose al ARZOBISPO DE TOURS.) En cuanto a la tardanza, estoy con vos. No me parece descabellado que los Crescenziós hayan podido tenderle una emboscada.

ARZOBISPO DE BOURGES.- (Que no está dispuesto a dar por acabada la cena.) ¿No tendréis, por ventura, de aquellos pastelillos de almendra que os enseñaron a confitar en al-Andalus? ¿Cómo los llamabais?

GERBERTO.- (Con fastidio.) Alfajores.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Ah, sí, eso, alfajores.

GERBERTO.- Siempre suelo tener.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Deliciosos. (A GERBERTO.) Deberíais dárselos a probar.

GERBERTO.- (Sin entusiasmo.) Mandaré que os obsequien.

(Sale del refectorio.)

ARZOBISPO DE BOURGES.- Ya veréis qué exquisitez.

ARZOBISPO DE TOURS.- (Estallando.) ¡Por el amor de Dios! ¿Hay algo en este mundo capaz de haceros perder el apetito?

ARZOBISPO DE BOURGES.- (Sin inmutarse.) Pues ciertamente, no. Y no porque el mundo en que vivimos carezca de atrocidades merecedoras de la más total inapetencia, sino por decisión propia, que lo tengo muy meditado, y no pienso negarme un solo deleite mientras no llegue el día en el que caiga víctima de esa traición que a todos amenaza.

GERBERTO.- (Entrando.) Ahora os los sirven.

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿Y no sería más juicioso emplear esas energías, **(Señalando su obesidad.)** que obviamente os sobran, en defenderos de vuestros enemigos?

ARZOBISPO DE BOURGES.- Los cambios de la fortuna poco tienen que ver con nuestro mérito. ¿Para qué esforzarme, si no está en mi mano evitar que otros cavem mi fosa?

ARZOBISPO DE TOURS.- Me exasperáis.

ARZOBISPO DE BOURGES.- (A GERBERTO.) ¿O qué me decís, si no, de vuestro predecesor?

GERBERTO.- Penoso.

ARZOBISPO DE SENS.- (Cunde el desánimo.) Lamentable.

ARZOBISPO DE TOURS.- (Con firmeza.) Era nuestro enemigo.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Lo que no nos impide sentir piedad. (Pensativo.) Cuando, amputado y maltrecho, nos suplicaba para que no le quitaran la vida, me puse en su lugar y, ¿sabéis qué fue lo que pensé? (Pausa.) ¿Sabéis lo que pensé?

(Entra en la estancia un SIERVO portando una bandeja con dulces.)

ARZOBISPO DE BOURGES.- Pues pensé: (Tomando, al paso, un alfajor.) hasta que realmente no esté en su lugar -lo que, por otra parte, puede ocurrir en cualquier momento-, comeré tantas confituras como mis amigos tengan la amabilidad de ofrecerme. (Y lo come.) Exquisito.

ARZOBISPO DE TOURS.- (Desistiendo.) Envidio vuestra calma. (Y se acerca a la ventana.)

(El SIERVO deja la bandeja sobre la mesa y sale.)

ARZOBISPO DE SENS.- Todo es imprevisible: los amigos te traicionan, los enemigos te respaldan... (A GERBERTO.) ¿Quién podía suponer que los mismos que os negaron el arzobispado, pasado el tiempo, os propondrían para la sede de Reims? (Al ARZOBISPO DE BOURGES.) La verdad es que no os falta razón.

ARZOBISPO DE BOURGES.- ¿Que no me falta razón? ¡Claro que no me falta razón! Los capetos, los carolingios, los bizantinos, los germanos, los borgoñeses...

ARZOBISPO DE SENS.- Y los Crescenios.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Sí, claro, y los Crescenios. (Pausa.) Cualquiera puede conspirar con cualquiera, y si cualquiera no te advierte a tiempo, (Señalándose.) cualquiera puede, en cualquier momento, (Señalándolos.) ser muerto por cualquiera.

ARZOBISPO DE SENS.- Desde que el borgoñés secuestró al heredero, el Imperio se agita en su agonía.

GERBERTO.- Ya me lo advirtió el Emperador en su lecho de muerte: «mientras que el heredero no alcance la mayoría de edad, será difícil someter a los tributarios». Y sí, me lo advirtió, pero ¿qué puedo hacer? Yo sólo soy su preceptor.

ARZOBISPO DE SENS.- Pues habrá que enfrentarse a los consejeros. Algo habrá que hacer, alguien tendrá que apaciguarlos, y ¿quién mejor que vos?

ARZOBISPO DE BOURGES.- (Con la boca llena.) Cierto. Fuisteis su maestrescuela.

GERBERTO.- ¿Cabe mayor fracaso? Condes, reyes, incluso el mismo Emperador, me encomendaron la educación de sus hijos y, pese a haberles inculcado el principio de la unidad, en cuanto vuelven a sus feudos, ya veis como se enfrentan.

ARZOBISPO DE SENS.- Esperemos que la coronación del heredero acabe con tanto desmán.

GERBERTO.- Cuento los días que faltan para que cumpla los dieciséis. **(Pausa.)** Añoro el sosiego de los años de estudio. **(Nueva pausa.)** Y la música. De buen grado lo dejaría todo para trabajar en el órgano.

ARZOBISPO DE SENS.- ¿Qué nuevo invento es ése?

GERBERTO.- Un ingenio a vapor, similar a la sirena que ya conocéis.

ARZOBISPO DE TOURS.- **(Desde la ventana.)** Atended un momento.

(Se escucha cómo un carruaje se detiene frente a la puerta.)

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿Será él?

GERBERTO.- ¿Y quién si no a estas horas?

ARZOBISPO DE TOURS.- Alabado sea Dios. Llegué a temer... supongo que lo peor.

ARZOBISPO DE BOURGES.- **(Tomando otro alfajor.)** Deberíais aprender de mí. **(Se lo zampa de un solo bocado, y sigue hablando con la boca llena.)** Los males no se evitan por el hecho de temerlos, mientras que el temor ya es un mal en sí.

ARZOBISPO DE TOURS.- **(Al ARZOBISPO DE SENS.)** Me exaspera.

(Entra AIRARDO con gesto contrariado.)

GERBERTO.- Temíamos por vos.

AIRARDO.- Seguí vuestro consejo y tomé precauciones. Durante la estancia -tardó cuatro días en recibirme- apenas si me dejé ver. Y luego, tras la audiencia, emprendí el viaje por sorpresa para evitar una posible emboscada.

ARZOBISPO DE SENS.- ¿Y bien?

AIRARDO.- Excomulgados.

ARZOBISPO DE SENS.- ¡Maldito...!

ARZOBISPO DE BOURGES.- Era de esperar.

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿En qué términos?

AIRARDO.- Se ratificó: el rey, los arzobispos, los sufragáneos... todos los que asistimos al concilio hemos sido excomulgados... temporalmente.

ARZOBISPO DE SENS.- ¿Le expusisteis que estábamos dispuestos a reconsiderar nuestra actitud?

AIRARDO.- Claro que se lo expuse; a eso fui. Pero su decisión es firme.

GERBERTO.- Ni fue suya esa decisión, ni es suya esa firmeza. Crescenzo es quien nos excomulga; que el Papa solo es un pelele que obra según su antojo.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Y no se lo reprocho. Es más, yo en su lugar...

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿En su lugar? (**Enérgico.**) En vuestro lugar es donde deberíais ponerlos, en vez de pasarlos la vida en el lugar de los demás.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Es comprensible que no quiera acabar como sus predecesores: a Juan XIV lo estuvieron torturando en Sant' Angelo hasta que murió; y a Bonifacio, que murió envenenado, lo abandonaron insepulto a los pies de la estatua de Constantino después de arrastrarlo desnudo por las calles de Roma.

ARZOBISPO DE TOURS.- Bonifacio era un antipapa.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Por muy antipapa que fuera. No sé, no son modales.

ARZOBISPO DE SENS.- Antipapa o no, sobrevivir un año en la Silla de Pedro es toda una proeza.

ARZOBISPO DE BOURGES.- (Al ARZOBISPO DE TOURS.) Lo siento, pero yo, **(Con énfasis.)** en su lugar, excomulgaría cuantas veces me lo pidieran.

GERBERTO.- Huid del hereje, huid del hombre que se aparta de la Iglesia; eso dicen las Escrituras y eso es lo que haré. **(Pausa.)** Nunca cuestionaré la autoridad del Pontífice, pero si el Vicario de Cristo actúa como vicario de Crescenzo, ni le debo obediencia ni tengo por qué acatar su excomunión. **(Pausa.)** Un siglo lleva el solio pontificio a la merced del mejor postor. ¿Es que no hay modo de acabar con tanta ignominia?

ARZOBISPO DE BOURGES.- **(Displícete.)** Sí. Ser el mejor postor.

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿Qué nuevo disparate es éste?

ARZOBISPO DE BOURGES.- ¿A qué debe Crescenzo su influencia? A su inmensa fortuna. Pues seamos ricos y poderosos, y así no sólo podríamos ser Papas, sino que incluso podríamos ser nosotros quienes los nombráramos.

ARZOBISPO DE TOURS.- Por favor, no estamos para bromas.

GERBERTO.- (Respondiendo al ARZOBISPO DE BOURGES.) Tal es la situación a la que hemos llegado. No es que seamos mercaderes a las puertas del templo, es que es el templo lo que está en venta.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Pues comprémoslo. ¿Conoce alguien el modo de conseguir oro en abundancia?

AIRARDO.- (Tras una pausa, a GERBERTO, tímidamente.) En uno de los viajes que hice a al-Andalus para compraros libros de aritmética, tuve en mis manos un legajo con varios papiros muy deteriorados, todos escritos tal como lo hacían los antiguos egipcios, y otros tantos pergaminos, estos en mejor estado, en los que se contaba en lengua árabe cómo los papiros habían sido salvados del incendio de la Biblioteca de Alejandría, y cómo en ellos se detallaba el modo de poseer la cabeza de oro de la que, al parecer, se derivaban todas las riquezas.

(GERBERTO escucha petrificado.)

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿Pero es que vamos a acabar la velada contando historias?

ARZOBISPO DE BOURGES.- No me parece mala idea.

AIRARDO.- La adenda la firmaba otro egipcio, y la fechaba hará unos ciento cincuenta años. Lamento haber olvidado su nombre, aunque sí creo recordar que bajo la rúbrica añadía «Señor de los peces».

GERBERTO.- (Vivamente contrariado.) ¿Y cómo no os hicisteis con el legajo?

AIRARDO.- (Desconcertado.) No sé, no era ése vuestro encargo. Además, ya no estaba en venta, que lo habían adquirido para la biblioteca de Al-Hakam.

ARZOBISPO DE SENS.- Pues alguien más ha debido leer ese legajo, porque se rumorea que algún menesteroso, acuciado por sus acreedores, trató de convertir metales innobles en monedas de oro.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Cuando lo natural es convertir las monedas de oro en actos innobles.

(Risas generales de los presentes, con excepción del ARZOBISPO DE TOURS, adusto, y de GERBERTO, preocupado.)

GERBERTO.- ¿Pero cómo no me disteis noticia del hallazgo?

AIRARDO.- Iba recogiendo documentación para vuestro astrolabio. «Aritmética y astrología», me dijisteis, que lo recuerdo muy bien, «y nada que no se atenga a esas materias».

GERBERTO.- Aun así, debisteis informarme.

AIRARDO.- No le di importancia. Y si ahora me vino a la memoria, fue por las bromas que hicisteis sobre el oro.

GERBERTO.- (A AIRARDO.) ¿Recordáis si hacía referencia a la diosa Isis?

ARZOBISPO DE TOURS.- ¡Oh, no! Dioses paganos, no.

AIRARDO.- Es posible, aunque no estoy seguro. De haber sabido...

GERBERTO.- Dejadlo. Es igual.

ARZOBISPO DE SENS.- ¿Acaso creéis que pueda tener alguna relación con aquella Cabeza del Diablo que buscabais en vuestra juventud?

GERBERTO.- Pudiera ser que la Cabeza sea sólo eso: un libro. **(Reacciona.)** ¿Pero cómo sabéis...?

ARZOBISPO DE SENS.- Vos mismo me lo contasteis.

ARZOBISPO DE TOURS.- **(Poniéndose en pie.)** Si vais a continuar desvariando, me retiro.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Os tomáis la vida demasiado en serio.

ARZOBISPO DE TOURS.- Totalmente en serio. **(Inicia la salida, mas se detiene junto a la puerta.)** ¿O cómo si no he de tomármela en esta hora de infortunio?

ARZOBISPO DE BOURGES.- Pues deberíais aprender a reiros de vuestras desgracias.

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿Reír, cuando nos han excomulgado?

ARZOBISPO DE BOURGES.- Entre todas las criaturas, sólo al hombre le ha dado Dios la facultad de reír.

ARZOBISPO DE TOURS.- Al hombre y a la hiena.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Cierto, y a la hiena. Sin duda el Creador, en su infinita misericordia, nos compensó así, tanto a ellas como a nosotros, de tener que vivir entre la carroña.

(Oscuro y telón.)

ACTO II

Escena I

Córdoba, 997 d. C./381 H.

GERBERTO entra en el salón de recepciones de Medina al-Zahira, precedido por un MAYORDOMO.

MAYORDOMO.- Esperadle en esta cámara, que él vendrá a vuestro encuentro.

GERBERTO.- (Con incredulidad.) ¿Yusuf vive aquí?

MAYORDOMO.- ¡Oh, no! Ésta es la residencia de Almanzor. El Visir tiene su palacio junto a la Ceca.

GERBERTO.- (Para sí.) Una ascensión meteórica.

MAYORDOMO.- ¿Cómo decís?

GERBERTO.- No, nada.

MAYORDOMO.- Pues, si me autorizáis, informaré al Visir de vuestra llegada.

(Sale el MAYORDOMO y, al momento, llega YUSUF, ricamente ataviado.)

YUSUF.- (Tendiéndole los brazos.) Amigo Gerberto.

GERBERTO.- (Asiéndole por los antebrazos.) Os veo espléndido. Y no diré que parecéis un Visir porque ya sé que lo sois.

YUSUF.- Venís de la Galia, según me han dicho.

GERBERTO.- De Reims. Un viaje agotador. Y muy distinto de aquel que hicimos desde Tarragona. Los años, supongo.

YUSUF.- No me lo recordéis. Yo hace tiempo que tuve que dejar las caravanas. Por el lumbago. (**Aclarándole.**) Del vaivén de los camellos.

(Gesto de extrañeza de GERBERTO.)

YUSUF.- Es que dejé el comercio de esclavas; y ya no viajaba a Cataluña, sino al Sahara. Muy duro lo de los camellos. Y qué calores.

GERBERTO.- ¿Y cómo fue que mudasteis de negocio para empeorar?

YUSUF.- Almanzor, que al hacerse cargo de la tutela del Califa, me encomendó el control de las rutas del oro. A mí jamás se me hubiera ocurrido, pero debía acompañar al amigo en su ascenso. Y no es que me queje, no; el oro da nivel, (**Con intención.**) aunque siempre las esclavas...

GERBERTO.- Ya veo que no habéis cambiado.

YUSUF.- (**Bromeando.**) ¿Cómo que no he cambiado? Ahora soy Visir. Y de finanzas.

GERBERTO.- Vaya con Yusuf.

YUSUF.- Pero habladme de vos. Estabais en Bobbio, ¿no?

GERBERTO.- Tuve que marcharme. Los italianos suelen ser muy hostiles con los extranjeros. Además, la abadía había sido esquilada, y era tal la penuria que llegamos a pasar hambre. Así que regresé a Reims. (**Pausa.**) Al principio no me fueron mal las cosas. Incluso me nombraron arzobispo.

YUSUF.- Nunca os hubiera imaginado hombre de Iglesia.

GERBERTO.- Aunque duró poco. Me excomulgaron.

YUSUF.- Vaya, lo siento.

GERBERTO.- Intrigas y traiciones. Nada nuevo. **(Pausa.)**
Aunque os suponía enterado de mi regreso a Reims. ¿No os contó un mandatario que envié a por libros...?

YUSUF.- ¿Un frailecillo tímido?

GERBERTO.- El mismo. Y de él quería hablaros.

YUSUF.- Sí, claro, ahora recuerdo. ¿Y os ha creado problemas la excomuni6n?

GERBERTO.- M6s de los que suponía. Pues aunque tengo el apoyo del Emperador -no en vano fui su preceptor-, todo el mundo me hacía el vacío.

YUSUF.- Habéis hecho bien en venir, que aqu3 siempre seréis bien acogido. Almanzor viene ahora hacia acá, que aunque está muy atareado con los preparativos de la fiesta, lo dejará todo para saludaros. **(Pausa.)** Es que hoy es un día muy especial.

GERBERTO.- Estoy enterado. Rendí jornada en San Cugat, y allí me informaron de la conquista de Compostela. A punto estuve de regresar a Reims.

YUSUF.- Pero ¿por qué?

GERBERTO.- El saqueo de Santiago ha sido una afrenta a toda la Cristiandad.

YUSUF.- Imperativos de la política. Gestos necesarios para mantener el prestigio.

GERBERTO.- Pues en San Cugat aún no se han rehecho de los desmanes con los que os prestigiasteis hace doce años.

YUSUF.- La guerra es así, pero eso no tiene por qué afectar en nada a nuestra amistad. Almanzor os considera un amigo.

GERBERTO.- ¿También va a humillarme con su magnanimidad?

YUSUF.- Tonterías; de puertas adentro, Almanzor es un hombre sencillo. Nada que ver con el Almanzor de las victorias. Me gustaría que lo oyeráis contar cómo nos retiramos de Santiago. Con qué gracia lo cuenta.

GERBERTO.- ¿Acaso ocurrió algo digno de mención?

YUSUF.- ¿No os habéis enterado?

GERBERTO.- Pues no.

YUSUF.- Diarreas.

GERBERTO.- **(Divertido.)** ¿Diarreas?

YUSUF.- **(Riendo abiertamente.)** Diarreas. **(Tras calmar la risa.)** La ciudad se tomó sin entablar batalla, pero durante el saqueo, los mercenarios, la mayoría cristianos, se opusieron a que entráramos en la catedral; así que no tuvimos más remedio que masacrarlos. **(Quitándole importancia.)** Ya sabéis cómo son estas cosas. **(Pausa.)** El caso es que, como a Almanzor se le ocurrió traerse las campanas para adornar la Mezquita - precisamente es hoy cuando las cuelgan- pues ente que las bajamos y las aparejamos, los cadáveres se descompusieron, y esto originó las infecciones. **(Suspira.)** Y así cruzamos la península, invictos y gloriosos, **(Con sorna.)** aunque perdiendo la salud por las patas abajo.

GERBERTO.- **(Riendo.)** No es, no, una imagen muy aguerrida.

YUSUF.- Vos no le digáis nada, por si le cogéis en un mal momento, que ya lo sacará él; que lo cuenta con una gracia...

GERBERTO.- No tengáis cuidado, que tengo otros asuntos que tratar. ¿Recordáis que os prometí volver en cuanto encontrara la Cabeza del Diablo?

YUSUF.- (Asombrado.) No me digáis que la habéis encontrado.
¡Diablo de hombre!

GERBERTO.- Aún no la tengo en mi poder.

YUSUF.- Ya me extrañaba.

GERBERTO.- Pero sé que está en Córdoba.

YUSUF.- (Bromeando.) ¿La fuente del oro manando junto a mí, y yo, Visir de Finanzas, sin enterarme?

GERBERTO.- Estoy hablando en serio.

YUSUF.- Y yo. (Y continúa bromeando.) Desde que el Califato Fatimí redujo su comercio en tierras del Magreb, es tanta la inflación que acabaremos acuñando los dirham de oro sin oro. Como para bromear, si vuestro Bafomet nos cuadrara los presupuestos.

**(Entra en la estancia BEN ABI AMIR-ALMANZOR,
ricamente ataviado.)**

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- ¿Dónde está ese cristiano que se atreve a entrar en la Medina al-Zahira como si fuera el Califa?

GERBERTO.- (Algo más seco, aunque afectuoso.) Una residencia fastuosa, que haría palidecer a cuantas se alzan a las orillas del Tigris.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Puede que desmereciera junto a los palacios de Bagdad, pero iguala o supera a la Medina al-Zahara.

GERBERTO.- Os desconocía la modestia.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- (Ríe.) También yo me la desconocía.

GERBERTO.- (Refiriéndose a la estancia.) Os felicito.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Necesidades del poder, que nada conviene tanto al gobernante como la exposición de su fortuna. Aunque no creáis que es fácil mantener este ritmo de vida.

GERBERTO.- (Irónico.) Sí, la riqueza conlleva muchos sacrificios.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Os veo algo cansado. ¿El viaje, quizás?

GERBERTO.- Y la vida.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Sí, ya estoy enterado de vuestra excomuni6n.

GERBERTO.- ¿Vos sabíais...?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- (A YUSUF.) Puntualmente. **(A GERBERTO.)** Confiabais en que, al ser coronado Emperador, vuestro pupilo os nombrara Papa, pero al estar vos excomulgado, optó por su primo Bruno de Carintia. Hoy ya Gregorio V.

GERBERTO.- (Perplejo.) Me sorprendéis. No os suponía tan bien informado.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Un gobernante no es nada sin sus informadores. De hecho, las más de mis victorias se las debo a ellos, que con el enemigo, importa tanto deslumbrarlo para disuadirlo como conocer sus flaquezas para, llegado el caso, derrotarlo.

GERBERTO.- De la fastuosidad de vuestro protocolo y a tenía noticia, que me contaron cómo el Rey de Navarra, cuando vino a negaros el tributo, impresionado por la parafernalia, no sólo se ratificó como tributario, sino que además, en señal de vasallaje, os dejó a su hija Blanca en vuestro harén.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Ahora soy yo el sorprendido. ¿También vos tenéis informadores?

GERBERTO.- Suelo preguntar a cuantos viajan por al-Andalus. Para aprender.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- ¿Tendréis noticia, entonces, de la conquista de Compostela?

GERBERTO.- Una humillación innecesaria. Una afrenta a la Cristiandad.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Mantener como tributarios a todos y cada uno de los reinos de la península requiere, además de boato y la información, cierta exhibición de fuerza; que son muchos los cabos de la urdimbre en la que se teje el poder.

GERBERTO.- Oyéndoos hablar, no reconozco en vos al vendedor de paños y brocados que me introdujo en la biblioteca del Alcázar.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Mal asunto si el hombre que gobierna el Califato pensara igual que aquel joven inmaduro que luchaba por abrirse camino.

GERBERTO.- Por impartir justicia en la Mezquita aljama. Algo bien distinto.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Y lo logré, que fui Cadí de la cora de Sevilla; pero todo cambia. ¿O es que vos no habéis cambiado?

YUSUF.- ¿Cambiar? ¡Sigue buscando la Cabeza del Diablo!

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Increíble.

YUSUF.- Qué perseverancia.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Yo diría obstinación.

GERBERTO.- (Incómodo.) En realidad, ya no la buscaba cuando la encontré. **(Y aclara con premura.)** No es que la tenga en mi poder, pero creo saber dónde está.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Y... ¿Puede saberse dónde está?

GERBERTO.- La tenéis vos.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- (Divertido.) ¿Yo?

GERBERTO.- Perteneció a al-Hakam, luego es lógico pensar que esté entre las propiedades de su hijo, y por tanto bajo vuestro control.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- (Con sorna.) Explicaos. A ver si va a resultar que yo, que presumo de saber todo lo que ocurre desde Damasco hasta Normandía, vivo ignorante de mi fortuna.

GERBERTO.- Durante mucho tiempo, ingenuamente pensé que la Cabeza del Diablo era eso: una cabeza; cuando, en realidad, se nombra así a aquello que de la cabeza se deriva, es decir, su pensamiento. Algo que sólo se podía materializar en un libro y que, finalmente, resultó ser un legajo. Unos cuantos papiros y algunos pergaminos, al parecer salvados del incendio de la Biblioteca de Alejandría. **(Pausa.)** Uno de mis mandatarios, que viajaba con el encargo de comprar libros de matemáticas y astronomía, presenció cómo un mayordomo de palacio lo adquiría en el zoco para la biblioteca del Califa.

(BEN ABI AMIR, ALMANZOR y YUSUF cruzan miradas significativas.)

YUSUF.- ¿Estáis seguro?

GERBERTO.- A eso he venido, a cerciorarme. (A ALMANZOR.) Y espero contar con vuestra autorización para examinar el legajo.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Pues mucho me temo que vuestro esfuerzo haya sido inútil.

GERBERTO.- ¿Vais a negarme la autorización?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Hace unos meses que mandé quemar la biblioteca.

GERBERTO.- (Fuera de sí.) ¿Habéis quemado la biblioteca del Alcázar?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Yo no es que tuviera el menor interés, pero los Alfaquíes se empeñaron en que había que deshacerse de los libros si no queríamos que sus ideas corrompieran a nuestra juventud. Y ya sabéis cómo son de dogmáticos los hombres de Iglesia. Insistieron tanto que, para granjearme sus simpatías -en política cualquier apoyo es siempre necesario-, accedí.

GERBERTO.- (Incrédulo e indignado.) ¿Habéis quemado cuatro mil volúmenes?

(YUSUF le tira de la ropa para que se modere.)

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- No, todos no. Los de medicina, matemáticas y religión siguen en sus anaqueles. Fue sólo un expurgo: filosofía, alquimia, astronomía...

GERBERTO.- Pero eso es un crimen, mayor incluso que el de vuestras tropelías.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- (Frío.) ¿Habéis venido a mi casa para insultarme?

GERBERTO.- ¡Un atentado! ¡Un crimen! ¡Una felonía!

YUSUF.- (Tirándole.) Conteneos.

GERBERTO.- Habéis asesinado la memoria de la humanidad. ¡Córdoba, que era la guía del mundo por su sabiduría, convertida en hoguera!

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- (Impasible.) Dais excesiva importancia a unos simples códigos.

GERBERTO.- ¿Excesiva importancia, cuando todo el saber ha sido aniquilado?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- ¿Sabéis lo que dijo Omar cuando incendió la Biblioteca de Alejandría? «Si esos libros decían lo mismo que el Corán, eran innecesarios; y si era contrario, eran intolerables». **(Pausa.)** Entonces escapó de la quema, pero estaba escrito que ese legajo acabaría en el fuego. **(Indicando a YUSUF que le siga.)** Y ahora debemos acudir a la Mezquita para supervisar los últimos detalles. Espero veros con más calma antes de que os marchéis.

(ALMANZOR inicia la salida seguido de YUSUF, deteniéndose ambos al ser interceptados por GERBERTO.)

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- ¿Sí?

GERBERTO.- Sólo quería desearos que mejorerais de vuestra diarrea.

(Y aún continúan enfrentados cuando se hace el oscuro.)

Escena II

Córdoba, 997 d. C. / 381 H.

En una cueva de la Tebaida cordobesa, ABEN MASARRA y GERBERTO conversan, sentados en el suelo, el uno frente al otro.

ABEN MASARRA.- ¿Y quién os sugirió que hablarais conmigo?

GERBERTO.- Cuando supe que el legajo había sido destruido, tentado estuve de regresar a Aquitania. Pero pensé: si son libros que corrompen, alguien se habrá corrompido. Se trataba, por tanto, de encontrar a quienes mantuvieran posturas contrarias al dogma. Y con ese propósito estuve varios días merodeando en torno a la Mezquita. Así fue como di con un grupo de malakíes que, ricamente ataviados, discutían sobre los dictados de la moda. Pretendían, los muy insensatos, cambiar el sistema revolucionando el modo de vestir.

(Ambos sonrían.)

ABEN MASARRA.- Manifiestan su descontento con mesura para así obtener algún beneficio en pago por su moderación. Ignoran, o tal vez prefieran ignorar, que con su actitud, lo único que consiguen es consolidar el Califato.

GERBERTO.- Cierto. Todos de punta en blanco; que más parecían columnas de una nueva ampliación de la Mezquita aljama. **(Pausa.)** Sencillamente ridículos.

ABEN MASARRA.- Ridículos, sí; pero también peligrosos. Pues cambian de bando en cuanto el poder les tiende la mano. Y es que su descontento no se debe a cómo se organiza la sociedad, sino al hecho de no ser ellos quienes la organizan.

GERBERTO.- Hablé también con un grupo de esclavos molestos por haber quedado relegados tras el ascenso de los bereberes. Al menos estos, pensé, no engañan a nadie; aunque tampoco aquí me darán noticia del libro. **(Pausa.)** Sin embargo, fue en una de sus tertulias donde oí hablar por primera vez de la Escuela de Pechina. Ignoraba entonces que fueran seguidores de Aben Masarra. Los comentarios eran tan despectivos, tan viscerales, que su odio me hizo concebir esperanzas. Y ya me disponía a partir hacia Almería, cuando supe que aún quedaban discípulos de Masarra en las ermitas de la sierra. Y así fue como encaminé mis pasos hacia aquí.

ABEN MASARRA.- Y no errasteis del todo el camino, pues hace años tuve en mis manos ese legajo. **(Pausa.)** Lo escribió Dhu'l-Nun, el Egipcio, Maestro de muchos de nosotros. O el Señor de los Peces, como también se le conocía. Un sabio capaz de leer los jeroglíficos sin haber sido enseñado. El libro llegó a al-Andalus traído por un rabino, Moies ben Hanoch, quien, junto a su hijo, fue vendido como esclavo tras ser hecho cautivo en las costas de Sicilia; si bien ya en Córdoba, al ser versado en lenguas, encontró acomodo como traductor en la biblioteca de Palacio; y allí acabó sus días. Fue entonces, en tiempos de Abderramán, cuando el libro se extravió **(Dicho con intención.)**, y estuvo en nuestro poder hasta que, hará unos años, **(Gesto de resignación.)** volvió a extraviarse. Ignoraba que hubiera ido a parar a la biblioteca del Alcázar y, por tanto, que lo hubieran destruido en el expurgo.

GERBERTO.- ¿Mencionaba la Cabeza del Diablo?

ABEN MASARRA.- No sabría deciros. Hacía, sí, referencia a una cabeza dorada, que en ocasiones describía como un hombre con cabeza de ave.

GERBERTO.- ¿Una cabeza de gallina?

ABEN MASARRA.- Más bien un hombre con cabeza voladora.

GERBERTO.- ¿Dorada, tal vez?

ABEN MASARRA.- Resplandeciente. **(Con malicia.)** Y también mencionaba el oro.

GERBERTO.- ¿Acaso era un tratado de alquimia?

ABEN MASARRA.- Trataba de los tesoros que cada hombre tiene la obligación de encontrar. Y contaba cómo él, con la ayuda de esos papiros, había encontrado el suyo. Lamento no haber puesto más atención en la lectura de ese pasaje. Claro que era un texto hermético al que se podía acceder por distintas entradas, así que de nada os hubieran valido las enseñanzas que yo hubiese podido obtener, que, al ser otras vuestras preguntas, otras hubieran sido sus respuestas.

GERBERTO.- Siempre desconfié del hermetismo.

ABEN MASARRA.- Mucho esfuerzo el vuestro para encontrar un libro que no os merece confianza.

GERBERTO.- Ignoraba que fuera un libro impenetrable.

ABEN MASARRA.- **(Displicente.)** ¿Pensabais que existía un libro en el que se explicaba con claridad el modo de adueñarse del mundo?

GERBERTO.- Tal vez pequé de ingenuo. Pero es que, ante los mensajes oscuros, siempre tuve la sensación de que era yo quien debía ponerlo todo; pues ellos, de por sí, tras su oscuridad sólo ocultaban el vacío.

ABEN MASARRA.- Nada tiene un valor en sí; somos nosotros quienes se lo damos. ¿Qué valor tiene el oro que buscáis? Ninguno. Son los sueños que queréis alanzar con él los que lo hacen precioso. Y es que, a la postre, todo en la vida es un espejo -más aún los metales pulimentados-, y así, en el espejo de nuestros actos es donde mejor se advierte lo que somos.

GERBERTO.- Valga que los espejos tengan tantas imágenes como miradas se contemplan en ellos. Pero que un mismo escrito, dependiendo de quién lo lea, signifique lo uno y lo contrario, no me parece acorde con la razón.

ABEN MASARRA.- Pero sí con el misterio.

GERBERTO.- No os entiendo. ¿Fuisteis proscrito por defender la razón frente al dogma, y ahora me habláis de oscuridad y espejos?

ABEN MASARRA.- Existe una ciencia probatoria y una ciencia revelada. La una se alcanza con el esfuerzo; la otra, en cambio, es un atributo de la bondad. Así, el santo ve naturalmente lo que el científico tarda siglos en probar. El poeta intuye el universo, el astrónomo lo demuestra; sin embargo, el universo es uno. Por eso, frente a los que defienden una sola vía de conocimiento, nosotros ofrecemos la contraria; pues aunque las dos son equivalentes, sólo avanzando con ambas, igual que avanzamos con los dos pies, es posible alcanzar la verdad.

GERBERTO.- No cuestiono la fe, siempre que se la considere como un acto íntimo, pero me sublevo cuando alguien la utiliza como un argumento en su provecho.

ABEN MASARRA.- También hay quien comete atrocidades que luego justifica con razones, lo cual no significa que la razón sea una atrocidad.

GERBERTO.- Me está siendo tan duro ganarme el derecho a pensar ateniéndome a la razón que difícilmente puedo entender que defendáis el hermetismo.

ABEN MASARRA.- Ni defendemos ni atacamos nada. Tanto la razón como el misterio son vías de acercamiento, y lo decimos **(Recalcando.)** como es lógico, sin ser dogmáticos frente dogmatismos.

GERBERTO.- **(Irónico.)** Tal vez no os falte... razón.

ABEN MASARRA.- **(Tras una pausa.)** ¿Y qué pensáis hacer, ahora que ya sabéis que no tiene sentido continuar buscando?

GERBERTO.- Continuar buscando.

ABEN MASARRA.- Una actitud, la vuestra, difícil de conciliar con la razón, y que más tiene que ver con la fe.

GERBERTO.- **(Se encoge de hombros.)** Alguien más pudo haberlo leído. Puede, incluso, que el mercader que lo vendió a Palacio mandara hacer una transcripción. Mientras exista alguna posibilidad...

ABEN MASARRA.- ¿Aun siendo un libro hermético?

GERBERTO.-¿Lo censuráis?

ABEN MASARRA.- Al contrario. Nada tan encomiable en un hombre como la lucha por alcanzar sus imposibles.

GERBERTO.- Sea por convencimiento, o por la necesidad de alcanzar una respuesta, el deseo de poseer esa Cabeza permanece inalterable en mí. Que aunque la vida me ha convertido en un hombre distinto, esa obsesión jamás me abandonó.

ABEN MASARRA.- Dichoso el hombre que puede gozar de un sueño inalcanzable.

GERBERTO.- ¿Inalcanzable? Yo voy a alcanzarlo, ¡tengo que alcanzarlo!

ABEN MASARRA.- Justo en esa certeza, que nada tiene que ver con que lo consigáis, es donde reside su virtud.

GERBERTO.- De niño tuve un sueño en el que me prometieron la inmortalidad y el dominio del mundo, y estoy decidido a emplear toda mi vida en exigir su cumplimiento.

ABEN MASARRA.- ¿Exigir? ¿A quién se lo exigís?

GERBERTO.- (Tras dudarlo.) A mí.

(Oscuro.)

Escena III

Córdoba, 997 d. C. / 381 H.

GERBERTO cruza la escena, junto a las tapias del Alcázar, cuando es llamado por YUSUF.

YUSUF.- Por fin. Os hice buscar por toda Córdoba.

GERBERTO.- Pues aquí me tenéis.

YUSUF.- Me aseguraron que estabais en Pechina, y a punto estuve de...

GERBERTO.- Tuve intención de ir, aunque luego no fue necesario.

YUSUF.- Hicisteis bien, que aquello no es lugar seguro.

GERBERTO.- ¿Y eso?

YUSUF.- Desde que se declarara república independiente, allí acuden en busca de refugio todos los desalmados y descreídos.

GERBERTO.- Tenía entendido que era el feudo de los masarríes.

YUSUF.- Precisamente.

GERBERTO.- Conozco a alguno de ellos y no me parecen gente peligrosa.

YUSUF.- ¿Ah, no? Pues practican el sexo libre.

GERBERTO.- **(Con sorna.)** ¿Y eso os parece mal?

YUSUF.- Además, son comunistas.

GERBERTO.- ¿Comunistas?

YUSUF.- Sí, se oponen a la propiedad privada.

GERBERTO.- Eso ya, entiendo que os altere.

YUSUF.- Pero dejemos a esos renegados.
(Confidencialmente.) Tengo noticias.

GERBERTO.- **(Cambiando radicalmente su actitud.)** ¿Del libro?

YUSUF.- No podía decir nada en presencia de Almanzor, pero creo saber dónde está.

GERBERTO.- ¿No lo quemaron?

YUSUF.- Cuando el expurgo, los Mayordomos hicieron una gran hoguera junto a la alberca de los arrayanes, y allí fueron quemando cuantos escritos les arrojaban desde la biblioteca.

GERBERTO.- ¿Entonces?

YUSUF.- Tened paciencia. Al parecer, con el viento, la humareda llegó hasta los jardines del harén. Y Almanzor, por no oír a las concubinas, propuso hacer la fogata en la otra orilla; a lo que se opusieron los Alfaquíes, por temor a que, con el traslado, pudiera extraviarse algún volumen. Finalmente, acordaron arrojarlos al pozo que hay junto al aljibe y cubrirlos con piedras y tierra.

GERBERTO.- ¿Pues a qué esperamos? Vayamos a desenterrarlos.

YUSUF.- Demasiado tarde. Alguien se nos adelantó.

GERBERTO.- ¿Quién podía saber...?

YUSUF.- Esa misma noche, un empleado de Palacio sobornó a los Mayordomos, cavó en el pozo y se llevó consigo unos pergaminos.

GERBERTO.- Pero pudo tratarse de otro escrito.

YUSUF.- ¿Iban a arriesgarse a que les cortaran las manos por un legajo cualquiera?

GERBERTO.- Tal vez tengáis razón.

YUSUF.- He tratado de llegar al manuscrito sin infundir sospechas.

GERBERTO.- ¿Pero es que sabéis quién lo desenterró?

YUSUF.- A un Visir de Finanzas no se le oculta nada.

GERBERTO.- ¿Y?

YUSUF.- No hubo manera de entrar en su casa. Por más que envié buhoneros, lampistas o mercaderes, no fue posible pasar ni al zaguán; que ha debido prohibirle a su hija que abra la puerta a nadie.

GERBERTO.- ¿Y a qué se dedica? Por si con ese pretexto...

YUSUF.- Es rabino. Y traductor de la biblioteca de Palacio.

GERBERTO.- (**Rápido.**) ¿Moies ben Hanoch?

YUSUF.- ¿Le conocéis?

GERBERTO.- Entonces no hay duda. Según me han contado, fue su padre quien lo llevaba consigo cuando lo hicieron cautivo en las costas de Sicilia.

YUSUF.- Eso concuerda. Pero, ¿quién os lo ha contado?

GERBERTO.- El caso es que, ya en Córdoba y con «ayuda» de los masarríes -ellos fueron quienes me lo contaron-, el legajo se extravió, y estuvo en su poder hasta que, años más tarde, volvió a extraviarse, para acabar en manos de un mercader. Mi mandatario presencié en el zoco cómo se lo vendía a los rabinos, aunque estos debieron simular que se trataba de una adquisición para la biblioteca del Alcázar; que qué mejor lugar para tenerlo a buen recaudo. Por eso, cuando el expurgo, debió ser Ben Hanoch el que lo salvara de la quema.

YUSUF.- Al parecer, mis sospechas resultan más fundadas de lo que yo mismo creía.

GERBERTO.- Todo concuerda. Y habrá que encontrar el modo de hacernos con el legajo.

YUSUF.- Salvo la violencia, lo he intentado todo.

GERBERTO.- No es cuestión de resolverlo a mano armada, que eso nos delataría. (**Pausa.**) Según decís, tiene una hija, ¿no?

YUSUF.- Así es.

GERBERTO.- ¿Viven solos?

YUSUF.- Sí, que yo sepa.

GERBERTO.- Espero no haber perdido mis dotes de seductor.

YUSUF.- (Divertido.) ¡Voto a... que jamás se me hubiera ocurrido tal cosa!

GERBERTO.- ¿Qué edad tiene?

YUSUF.- Algo más de treinta. Y os prevengo que no es muy agraciada.

GERBERTO.- Más a nuestro favor.

YUSUF.- Seguíis tan loco como cuando teníais veinte años.

GERBERTO.- ¿Vive en la judería?

YUSUF.- En el recodo de un salsipuedes.

GERBERTO.- Llevadme, pues, hasta su casa, para que me cerciore de lo recóndito del lugar, por si fuera menester darse a la fuga. Que mañana, en cuanto el rabino haya salido, le pondré asedio a la plaza.

YUSUF.- Allí estaré desde antes de que amanezca, que no pienso perderme ese lance.

(Gesto contrariado de GERBERTO.)

YUSUF.- Aunque discretamente.

GERBERTO.- Sería preferible que no volvieran a vernos juntos.

YUSUF.- ¿No pensareis marcharos sin cumplir nuestro trato?

GERBERTO.- Puede que exista una secta secreta vinculada al libro. Y, si es así, no conviene que nos asocien; para, llegado el caso, poder socorrernos mejor.

YUSUF.- Parece razonable.

GERBERTO.- Si, como espero, dentro de ese libro se oculta un gran tesoro, necesitare de vos para administrar tanta riqueza. **(Reacciona.)** Salvo que el trabajar para un cristiano os suponga alguna reserva de tipo religioso.

YUSUF.- En lo más mínimo, que nuestra religión no se entromete en esas cuestiones. De hecho, yo nací en Barcelona, y aquí me tenéis, trabajando para el Califato.

GERBERTO.- Pues si es así, en Roma nos veremos.

YUSUF.- Me coge algo cansado para viajar a Italia; pero ya encontraremos quien se ocupe de nuestros intereses, aunque, de momento, no creo que ese asunto deba preocuparnos, que contando con la ayuda y consejo de la Cabeza del Diablo, no se me alcanza mejor aliado para un financiero.

(Y riendo, GERBERTO y YUSUF inician la salida mientras se hace el oscuro.)

Escena IV

Córdoba, 997 d. C. / 381 H.

GERBERTO y SARA conversan, puerta por medio.

GERBERTO.- ¿Y no sabéis cuándo regresará?

SARA.- No acostumbra a volver hasta la noche.

GERBERTO.- Os advertiría al menos de mi llegada.

SARA.- Nada me dijo.

GERBERTO.- Qué contrariedad. Sin duda, debió olvidarlo; pues me mandó recado pidiéndome que pasara por Córdoba para recoger un legajo.

SARA.- Sí es contrariedad, pero nada puedo hacer.

GERBERTO.- Unos extraños manuscritos, que quería que le transcribiera. Tenéis que haberlos visto.

SARA.- Es probable que estén en su aposento, aunque no sabría decirlos.

GERBERTO.- ¿Vos no seréis por ventura su hija Sara?

SARA.- ¿Conocéis mi nombre?

GERBERTO.- En más de una ocasión os mencionó en sus cartas ponderando vuestras cualidades.

SARA.- Elogios de padre, más fundados en el cariño que en la verdad.

GERBERTO.- No fue esa mi impresión, que sus escritos, aunque discretos en la lisonja, eran tan sugerentes que, según caminaba hacia acá, sólo con evocarlos me enardecía imaginando mujer de semejante porte y condición.

SARA.- De vuestras palabras concluyo que sois un joven con gran afición a la plática y al galanteo.

GERBERTO.- No, para mi desgracia; que soy hombre maduro y poco diestro en el arte de cortejar, por mi falta de mundo y mi timidez.

SARA.- ¿Tímido vos? No me lo parecéis.

GERBERTO.- Si no fuera por este portón que se interpone para mi desdicha, pero que me resguarda de vuestra mirada, incapaz sería de articular palabra.

SARA.- Ya me gustaría presenciar semejante prodigio, que se me hace imposible que un hombre con vuestras expresiones pudiera quedar mudo solo por mi mirada.

GERBERTO.- Incapaz del más mínimo requiebro. Tal es mi cortedad que hasta tartamudeo en presencia de una mujer. Cuanto más si sois vos quien me mira.

SARA.- Así será, mas no me negaréis que es cosa extraordinaria.

GERBERTO.- Lo habíais de ver si no fuera porque me es imposible aguardar a que regrese vuestro padre.

SARA.- (Con cierta alarma.) ¿Acaso tenéis prisa por partir?

GERBERTO.- He de rendir jornada en la cora de Elvira, donde han de dictarme unas encomiendas.

SARA.- (Con fastidio.) Pues sí es contrariedad.

GERBERTO.- Como jamás hubiera podido imaginar, que no concibo mayor infortunio que el de estar tan cerca de vos y no poder gozar del suplicio de vuestra mirada.

SARA.- Podría miraros desde la ventana, si tanto os gusta que os mortifiquen.

GERBERTO.- ¿Haríais eso por mí?

SARA.- Nada arriesgo con abrir el postigo. Y si con ello doy remedio a un caminante...

(SARA abre el postigo y muestra su rostro; que, tal como advirtiera YUSUF, no es muy agraciado. GERBERTO, visiblemente conmocionado por su fealdad, logra sobreponerse.)

GERBERTO.- Astros y planetas, parpadeantes estrellas del firmamento, ¿cómo es posible que, conociendo de esta cara sus perfecciones, no me hayáis guiado cual cometas fugaces al encuentro de la amada?

SARA.- ¿Por amada y a me requebráis?

GERBERTO.- Tal es mi inclinación, que gustoso diera mi vida por entrar a vuestro servicio.

SARA.- ¿Y vos sois el que tartajaba en presencia de mujer?

GERBERTO.- **(Fingiendo sorpresa.)** No sé qué pudo ocurrir. Claro que jamás había gozado de visión semejante.

SARA.- Eso puedo creerlo. **(Con intención.)** Y llamarlo «visión» me parece acertado.

GERBERTO.- Maravillado estoy. Y es que vuestra sonrisa ni azora ni intimida.

SARA.- **(Tras mirarlo un largo rato.)** Parecéis hombre ponderado y de buenas maneras. Cierto que sois algo maduro; y aunque no estéis ya para muchas caminatas, aún se os ve capaz de dar un buen paseo. Si no al trote, al paso, que la cuestión es llegar. Ahora bien, lo que no acabo de entender es cómo habiendo proclamado defectos que no poseéis, me habéis ocultado en cambio que sois ciego.

GERBERTO.- ¿Ciego yo?

SARA.- ¿Si no, cómo se entiende que aún no hayáis reparado en mi fealdad? ¿O es que sois un embaucador tratando de seducirme, y es ésa la causa que os mueve a lisonja?

GERBERTO.- Bueno, yo... yo... yo...

SARA.- ¡Albricias, al fin tartajáis! Temía no haberos gustado.

GERBERTO.- Puede que al expresarme tal como recomiendan los manuales amatorios haya podido cometer algún exceso, mas nada he dicho que no tenga por cierto.

SARA.- Pues no deberíais someteros a preceptiva alguna, que cuando os manifestáis según vuestro natural, os aumenta la galanura y con ella el peligro.

GERBERTO.- ¿Peligro? Decidme qué palabra os ha puesto en peligro para no dejar de repetirla.

SARA.- Peligro sí, mas no el que imagináis; que no quisiera holgarme con lances y requiebros por temor a la maledicencia de quienes nos puedan ver.

GERBERTO.- Si tal teméis, doy por acabada mi buena fortuna; que no quisiera dañar vuestra fama con mi torpeza. Y, a menos que lo impidáis, me obligo y tomo el camino de Elvira.

SARA.- ¿Y cómo podría yo, pobre de mí, impedir vuestra marcha?

GERBERTO.- Dándome ocasión para que busque el legajo que vuestro padre olvidó encomendaros.

SARA.- Siendo así, no consentiré en que marchéis sin esos pergaminos, no sea que mi padre me reprenda por ello. **(Baja el ventano y le abre el portón.)** ¿No lo estaréis dudando?

GERBERTO.- Cómo no cruzar la que promete ser puerta del paraíso.

(GERBERTO entra en la casa.)

SARA.- Espero no quedar defraudada por este atrevimiento.

GERBERTO.- No tengáis cuidado, que no osaré atentar contra vuestro decoro.

SARA.- (Para sí.) Pues vaya chasco. **(Y cierra el portón.)**

GERBERTO.- ¿Y dónde pensáis que debería ponerme a buscar?

SARA.- (Divertida.) En la cama.

GERBERTO.- (Seco.) ¿En la cama?

SARA.- Sí, en la cama, que se me antoja que puede estar entre los almohadones. Que anoche, ya en el lecho, vi cómo mi padre lo encintaba con esmero; tal vez preparándolo para vos.

GERBERTO.- Pues en tal caso, no perdamos el tiempo y vayamos a la cama.

SARA.- Dicho así, parece otra la proposición. **(Pausa.)** En fin, seguidme y buscaremos; por ver si sacamos algo en claro.

GERBERTO.- Vamos allá.

(Llegan al lecho: SARA se recuesta y busca entre los almohadones; GERBERTO, en cambio, se mantiene en pie.)

SARA.- (Mostrándole un legajo.) ¿Os parece que pueda ser éste?

GERBERTO.- (Abalanzándose.) Dejadme ver.

SARA.- Echaros a mi lado y así podremos leerlo juntos.

GERBERTO.- (Apartándose sin apartarse.) ¿Dice si fue Dhu'l-Nun quien lo escribió?

SARA.- (Comprobándolo.) Sí, aquí se advierte. Pero acercaos y vedlo vos mismo. **(Y se abraza a sus piernas.)**

GERBERTO.- Deberíamos mantener la distancia, o acabaré incumpliendo la promesa de respetaros.

SARA.- Si es por eso, os eximo de todo compromiso.

GERBERTO.- Me pesaría que creyeráis que traté de engañaros.

SARA.- No tengáis cuidado. Que a mí no hay quien me engañe si yo no quiero.

(SARA tira de él con fuerza y lo echa en la cama.)

GERBERTO.- (Ya en el lecho, forcejea por hacerse con el legajo.) Dejádmelo ver.

SARA.- Mejor lo guardo, (Y lo mete bajo un almohadón.) que tiempo tendréis de disfrutarlo; en cambio, yo, el disfrute que ese legajo me pueda proporcionar, si no lo disfruto ahora, no lo disfrutaré jamás. (Y se abalanza sobre él.)

GERBERTO.- (Forcejeando por escapar.) Considerad que puede venir vuestro padre, y sería muy embarazoso si nos sorprendiera en una mala postura.

SARA.- No os preocupéis, que para cuando él regrese ya habréis partido hacia Elvira con el legajo; que no suele volver si no es caída la tarde. Y de aquí a que eso ocurra, tiempo tendréis de descansar tantas veces como seáis capaz de cansaros.

GERBERTO.- (Suplicante.) Mirad que con estas acciones ofendemos al Altísimo.

SARA.- No tengáis reparo en ello, que Él no es ciego y conoce mis encantos, por lo que, en su infinita justicia, no os lo anotará con los pecados, sino junto a las obras de misericordia.

(Y mientras GERBERTO se deja hacer, se hace el oscuro.)

Escena V

Córdoba, 997 d. C. / 381 H.

En una cueva de la Tebaida cordobesa, sentados en el suelo, ABEN MASARRA conversa con GERBERTO, el cual ata con una cinta el legajo que acaba de leer.

ABEN MASARRA.- ¿Y bien?

GERBERTO.- Teníais razón.

ABEN MASARRA.- Aunque cerrado en apariencia, el libro siempre abre una puerta a quien se acerca a él con una llave.

GERBERTO.- Conforme lo leía, llegué a tener la sensación de que había sido escrito para mí.

ABEN MASARRA.- El universo aguarda a ser descubierto, aunque necesita de nuestro esfuerzo. Y vos habéis perseverado.

GERBERTO.- Jamás imaginé que alguien, desde el pasado, pudiera responder a mis preguntas de forma tan certera.

ABEN MASARRA.- En el pasaje del tesoro, ¿o me equivoco?

GERBERTO.- Mis sueños y su lectura se complementan como fragmentos de una misma realidad. Dhu'l-Nun se refiere a una estatua de Thot.

ABEN MASARRA.- El hombre con cabeza de ave.

GERBERTO.- Sí, como en mi sueño. **(Pausa.)** Según el manuscrito, la estatua señala hacia un lugar en el que, asegura una inscripción, hay un tesoro escondido. Mientras todos buscan en esa dirección, Dhu'l-Nun descubre, al descifrar unos papiros, que no hay que cavar donde la mano indica, sino donde se proyecta su sombra cuando el sol alcanza el cenit.

ABEN MASARRA.- Un bello pasaje del que yo también obtuve grandes riquezas, aunque ni una sola moneda de oro.

GERBERTO.- Pues para mí, no puede ser más claro. En los jardines de Tívoli, palacio de verano de los antiguos emperadores romanos, hay una estatua de Mercurio cuya mano señala a una colina. En su pedestal reza la misma inscripción que había a los pies de Thot: «Aquél que busque, encontrará un tesoro». **(Pausa.)** Como sabéis, el hombre con cabeza de ave a quien los egipcios llamaban Thot, y los griegos Hermes, en Roma era venerado como Mercurio.

ABEN MASARRA.- ¿La estatua es conocida?

GERBERTO.- No habrá habido romano, en los últimos siglos, que no haya cavado en aquel lugar. Tal es así, que, de tanto remover la tierra, ya han cambiado la colina varias veces de sitio.

ABEN MASARRA.- ¿Y qué es lo que esperáis encontrar?

GERBERTO.- El oro del Imperio; ésa es la creencia general. Debí ser Honorio quien lo escondiera allí cuando el saqueo de Roma. **(Pausa.)** Estremece pensar que, seis siglos más tarde, el oro del Imperio Cristiano pueda restablecer la unidad de la Cristiandad y alcanzar así el triunfo del espíritu frente al mal.

ABEN MASARRA.- Curiosa, cuanto menos, esa relación entre el oro y el espíritu. De todos modos, es evidente que el legajo ha sido escrito para vos, como también fue escrito para mí.

GERBERTO.- Aunque, según decís, vuestro tesoro es de otra naturaleza. **(Pausa.)** ¿O me equivoco? **(Pausa.)** ¿No podría yo acceder a él?

ABEN MASARRA.- Necesitaríais otras llaves.

GERBERTO.- ¿Otros conocimientos?

ABEN MASARRA.- Otros fines. Reparad en que el hombre de cabeza voladora, y es todo cuanto puedo deciros, si bien señalaba indicando que sus tesoros estaban ocultos en la lejanía, lo cierto es que los tenía muy cerca de él. Pensad en ello si queréis descifrar el verdadero significado de la cabeza resplandeciente.

GERBERTO.- ¿Es acaso el conocimiento la riqueza a la que os referís?

ABEN MASARRA.- No os precipitéis. Tenéis mucho tiempo aún para meditar.

GERBERTO.- El manuscrito da una respuesta precisa a una pregunta concreta; ahora bien, de su lectura surgen nuevas preguntas.

ABEN MASARRA.- Cuando logréis el oro, vuestras acciones os reflejarán en él como en un espejo. Preguntaos entonces, ante vuestra imagen, qué es lo que realmente queréis, qué es lo que buscáis. Y preparad las respuestas, porque las preguntas serán muy acuciantes.

GERBERTO.- ¿También vos me habláis en clave?

ABEN MASARRA.- Nada es clave de nada, como todo es clave de todo. Pues todo se relaciona entre sí, y lo que existe fuera de nosotros, existe igualmente dentro de nosotros; de forma que conocer nuestro exterior es conocer nuestro interior.

GERBERTO.- Igual valdría en sentido inverso.

ABEN MASARRA.- Igual valdría. Y es tan fácil encontrar las conexiones para quien las quiera encontrar, como imposible para quien se niegue a establecer la relación.

GERBERTO.- Os echaré en falta cuando. Aunque sólo sea por las preguntas que me suscitan vuestras respuestas.

ABEN MASARRA.- Hemos hablado de muchas cosas. Ni yo tengo respuestas para todo, ni tampoco vos las encontraréis. Sin embargo, con pequeñas certezas, entre todos vamos desvelando la verdad. **(Breve pausa.)** Y ahora debéis iros. Cuando Moies advierta que le habéis sustraído el legajo, enviará a sus gentes en vuestra busca.

GERBERTO.- No creo. No sabe quién soy.

ABEN MASARRA.- ¿Lleváis tres meses en Córdoba preguntando a todo el mundo por el legajo, y pensáis que le habéis podido pasar inadvertido?

GERBERTO.- Tenéis razón.

ABEN MASARRA.- Lo primero que harán será venir aquí.

GERBERTO.- A su hija le dije que partía para Elvira.

ABEN MASARRA.- Pues que sea notorio. Dejad un rastro claro, y cuando lleguéis al puente que hay junto a la alameda, ocultaos bajo el tercer ojo. Allí los oiréis galopar sobre vuestra cabeza, mas nada podrán contra vos. A la noche, con sigilo, desandáis lo andado; y cualquier camino os llevará a Roma.

GERBERTO.- Con frecuencia suelo enviar mandatarios a al-Andalus para que adquieran libros de diversos saberes. Tal vez a través suyo podría contar con vuestro consejo.

ABEN MASARRA.- Me agrada tener noticias vuestras.

GERBERTO.- Así haré, mas ¿por quién deberán preguntar? Ignoro vuestro nombre.

ABEN MASARRA.- Aben Masarra.

GERBERTO.- **(Incrédulo.)** ¿Aben Masarra, hijo de los Masarra de Jaén?

ABEN MASARRA.- Así es.

GERBERTO.- Pero... Aben Masarra ha muerto.

ABEN MASARRA.- Ya veis que estoy aquí.

GERBERTO.- No es posible. El hombre que decís murió hace mucho tiempo. Es más, si viviera... tendría unos cien años.

ABEN MASARRA.- Hará ciento cincuenta que murió Dhu'l-Nun y hace un momento os hablaba al oído.

GERBERTO.- No es lo mismo. Era un manuscrito.

ABEN MASARRA.- El hombre que piensa y esparce su semilla continúa viviendo en los demás. Existe una conciencia de la que todos participamos y sólo desde esa conciencia se alcanza la inmortalidad.

(Por un simple cambio de luz, ABEN MASARRA -cuya visión se producía por transparencia- desaparece tras la gasa, y GERBERTO queda solo e inmóvil unos instantes hasta que se hace el oscuro y baja el telón.)

ACTO III

Escena I

Campamento de OTTON III, 998 d. C.

**Frente al pabellón de campaña del Emperador,
GERBERTO y OTTON III, sentados en sendos sillones de
cadera, hablan con el CONSEJERO, que permanece en
pie.**

CONSEJERO.- Fue avistarnos y alzaron el rastrillo.

GERBERTO.- ¿Os alertó algún confidente?

CONSEJERO.- No. Fue batiendo la zona; que mandé destacamentos a todos los lugares en los que pudieran haberle dado refugio.

OTTON III.- (A GERBERTO.) Y bien, ya habéis oído. ¿Qué creéis que debemos hacer?

GERBERTO.- El problema no es el Antipapa, sino quien lo sostiene.

OTTON III.- Aun así, convendría actuar con firmeza. Un duro trance, pues nos era muy allegado.

GERBERTO.- Si fue amigo de vuestra madre, y vuestro preceptor, razón de más para que se hubiera aliado con Crescenzo. Insisto: creo llegado el momento de atajar el mal de raíz.

CONSEJERO.- Hagamos coincidir su infamación con la llegada del Emperador.

GERBERTO.- Me refería a la toma de Sant' Angelo.

CONSEJERO.- Una procesión infamante, mostrando el cadáver del Antipapa mutilado, rompería la moral de los sitiados.

GERBERTO.- Es posible, aunque no creo que infamar a Juan XVI sirva para nada. Es a Crescenzo a quien hay que infamar.

OTTON III.- (Desviando el tema.) ¿Y retrasar nuestra llegada a Roma? Así daríamos tiempo a que se nos uniera Gregorio V para entrar juntos en la ciudad.

GERBERTO.- A los romanos no les gustará. No se han hecho a la idea de un Papa germano. Aun así, es un respaldo que no podéis negarle a vuestro primo.

OTTON III.- ¿Significa eso que lo aprobáis, o que me aconsejáis que lo haga aunque no lo aprobéis?

GERBERTO.- Jamás os oculté que no fui partidario de su nombramiento, por el vínculo familiar.

OTTON III.- La elección se hizo atendiendo a vuestro plan. Qué mejor para la unión de dos poderes que ostentarlos desde un mismo tronco dinástico.

GERBERTO.- La unión de poderes no tiene por qué subordinar el uno al otro, que fue lo que hicisteis canonizando a vuestro primo. Mas eso y a es un hecho. Él es el Papa, y hay que restituir su autoridad. **(Pausa.)** Por eso fui a la Alemania para alertaros de la sublevación.

OTTON III.- (Al CONSEJERO.) ¿Hay tropas sitiando Sant' Angelo?

CONSEJERO.- Se mantiene el asedio desde que supimos de vuestra llegada, y si aún no se dio la orden de asalto, fue por hacerlo coincidir con vuestra entrada en Roma.

GERBERTO.- Tal vez no sea preciso ni entablar contienda. Que en el interior de Sant' Angelo hay más de un caballo de Troya.

OTTON III.- ¿Os atrajisteis alguna voluntad?

GERBERTO.- A mi vuelta de al-Andalus, tuve ocasión de conversar con influyentes prohombres de la nobleza romana, y no todas las familias -los Túscolo entre ellas- aprueban el modo arbitrario con que Crescenzio ejerce el patriciado. No digo con esto que les agrade tener un Papa germano -aunque no lo expresen abiertamente, todos coinciden en reivindicar su derecho a elegir los pontífices-, pero al menos estos acatan vuestra autoridad. **(Tras un gesto ambiguo.)** En esos términos podría decirse que se estableció una cierta alianza.

OTTON III.- Una espléndida noticia. **(Al CONSEJERO.)** ¿No os parece? **(A GERBERTO.)** Falta decidir qué hacemos con el prisionero. **(Pausa.)** El afecto por mi preceptor me inclina a la benevolencia; mas su osadía al proclamarse Papa con el apoyo de mis enemigos me fuerza a ser severo. Trataré de ser justo. **(Pausa.)** Respetaremos su vida, si bien se le infligirán algunas amputaciones **(A GERBERTO.)** ¿Qué os parece?

GERBERTO.- Una decisión justa.

OTTON III.- **(Al CONSEJERO.)** Vuestra idea de procesionarlo hará efecto en la plebe, mas no frente a Sant' Angelo; no sea que la contemplación de su futuro, lejos de desmoralizarlos, los enardezca. Que temo más al que lucha por salvar la vida que al que lo hace por lograr la victoria.

CONSEJERO.- **(Va a salir, pero se detiene.)** ¿Qué... amputaciones?

OTTON III.- No sé. Las que se acostumbre en casos de traición: las orejas, la nariz, los ojos. Ah, y la lengua, que se la saquen con una tenacilla y se la corten de raíz.

CONSEJERO.- ¿Las manos?

OTTON III.- No, no nos ensañemos. Y cuidado de que no se nos muera.

GERBERTO.- Que esté presente un físico para cauterizarlo.

OTTON III.- Sí, será lo mejor. **(Al CONSEJERO.)** Luego, llevadle a Roma y tenedlo todo dispuesto para la cabalgata; que cuando tomemos Sant' Angelo podamos celebrar grandemente la infamación del Patricio y del Antipapa.

CONSEJERO.- Se hará como decís.

OTTON III.- Poned también los medios para que Gregorio V nos acompañe cuando entremos en Roma.

(Sale el CONSEJERO tras hacer una ligera reverencia.)

OTTON III.- **(Volviéndose a GERBERTO.)** Soy de vuestra opinión: debemos atajar el mal de raíz.

GERBERTO.- Si desde un principio se hubiera actuado con igual contundencia...

OTTON III.- **(Poniéndose en pie.)** Es una suerte contar con vuestro consejo.

GERBERTO.- **(También en pie.)** Cumplo el encargo de vuestro padre.

OTTON III.- Aun así, gracias. **(Va a entrar en el pabellón, mas antes se vuelve hacia GERBERTO.)** Es duro gobernar.

GERBERTO.- Sí.

OTTON III.- Jamás me tembló la mano cuando tuve que dar muerte a un enemigo, pero ajusticiar al amigo produce turbación. **(Pausa.)** Por lo que pudiera tener de venganza.

GERBERTO.- Entiendo vuestra pesadumbre.

OTTON III.- ¿No nos habremos excedido?

GERBERTO.- Atentó contra la Cristiandad. Y contra el Imperio. ¿Qué otra cosa podíais hacer sino aplicarle su justo castigo?

OTTON III.- Tal vez tengáis razón.

GERBERTO.- Aun así, si os mortifica, olvidad que se alzó contra vos y pensad sólo en el ultraje que le hizo al Papado.

OTTON III.- Así haré.

(**OTTON III entra en el pabellón. Y cuando GERBERTO va a marcharse, la luz hace aparecer a ABEN MASARRA, quedando ambos enfrentados mientras se hace el oscuro.**)

Escena II

Roma, 998 d. C.

En una torre almenada del Castillo de Sant'Angelo, OTTON III, sentado en un sillón de cadera sobre un pequeño estrado, preside el tribunal. Junto a él, de pie, GREGORIO V. A ambos lados del estrado, también de pie, GERBERTO, TÚSCULO y el CONSEJERO. Frente a ellos, varios armados custodian a un grupo de prisioneros principales, entre los que se encuentra JUAN XVI, brutalmente mutilado. El Antipapa es sostenido por un FRAILE, sin cuya ayuda caería al suelo.

OTTON III- (A JUAN XVI.). Ya veis adónde os ha conducido vuestra ambición. Mi madre, la reina Teofanía, os colmó de honores y prebendas. Pero ni la abadía de Nonantola ni el episcopado de Piacenza eran bastante para vos; codiciabais la Cátedra de Pedro.

GREGORIO V.- ¿Actuabais, acaso, por mandato del Emperador de Bizancio?

JUAN XVI.- (Niega con la cabeza, al tiempo que emite un gemido.)

OTTON III- Ya. Leí vuestro alegato. (Con sorna.) Lo hicisteis porque el Papa era huido.

GREGORIO V.- ¿Cabe mayor majadería?

JUAN XVI.- (Emite un sonido gutural corto.)

OTTON III- Para salvar al Vaticano del desgobierno existente en Roma.

JUAN XVI.- (Afirma con la cabeza.)

GREGORIO V.- ¿Pretendéis hacernos creer que no sabíais quién era el que me había obligado a refugiarme en la Alta Italia?

JUAN XVI.- (Gruñe y niega con la cabeza.)

OTTON III- (Airado.) Los mismos que sublevaron la Ciudad contra el Imperio.

JUAN XVI.- (Niega desesperadamente con la cabeza, emitiendo sonidos guturales.)

OTTON III- Habéis usurpado con intriga lo que jamás hubierais alcanzado por vuestro mérito. (Pausa.) En justicia, se os debería empalar en la plaza pública y dejad que os comieran los perros. Sin embargo, el recuerdo de los años en los que me enseñasteis la lengua griega me mueve a compasión.

GREGORIO V.- El Emperador os otorga el perdón terrenal. Mas aún tendréis que someteros al Juicio de Dios; así que después de la infamación se os recluirá en un monasterio y allí podréis hacer penitencia para la salvación de vuestra alma.

OTTON III.- Que Dios se apiade de vos. **(Al CONSEJERO.)** Que sea procesionado de Letrán al Vaticano y del Vaticano a Letrán. Que el camino de su vanagloria sea también el de su humillación.

JUAN XVI.- **(Da un aullido lastimero de imprecisa significación.)**

(Con la ayuda del FRAILE y de un ARMADO, JUAN XVI es arrastrado fuera de la escena.)

OTTON III.- **(Al CONSEJERO.)** Que suban a Crescenzo.

(El CONSEJERO sale tras ellos.)

OTTON III.- **(A TÚSCULO.)** ¿Dónde es costumbre situar las horcas?

TÚSCULO.- Ya están dispuestas en el Monte Mario.

OTTON III.- **(A TÚSCULO.)** Deberíais ser vos el que determine quiénes deben ser colgados del cuello, quiénes descoyuntados, y a quiénes bastará con flagelarlos. Gerberto os asistirá con su buen juicio, que al igual que vos, él también conoce a la nobleza romana. **(A GERBERTO.)** ¿Os parece?

GERBERTO.- Como gustéis.

OTTON III.- **(A GREGORIO V, en privado.)** Por cierto, recordadme que os hable del arzobispo de Rávena.

GREGORIO V.- (Con extrañeza.) Pero si la diócesis de Rávena está vacante.

OTTON III- Por eso precisamente.

(Entra el CONSEJERO seguido de CRESCENZIO y su MUJER, escoltados por varios ARMADOS. Uno de ellos arroja a la MUJER a los pies del Emperador. Reacciona CRESCENZIO, que es reducido por los ARMADOS.)

OTTON III- ¿Quién es esta mujer?

CRESCENZIO.- Mi esposa.

OTTON III- **(Al CONSEJERO.)** ¿Y qué es lo que hace aquí?

CONSEJERO.- Luchaba junto al Patricio.

OTTON III- El uso de las armas no parece lo más adecuado a vuestra condición.

(Y como la MUJER mantiene la cara contra el suelo, OTTON III se agacha junto a ella y la obliga a mirarlo.)

OTTON III- Muy bella. Ya me había parecido. **(Pausa.)** ¿No pedís ninguna gracia?

MUJER.- Vuestra muerte. **(Y le escupe a la cara.)**

OTTON III- **(Limpiándose.)** Nunca me gustaron las mujeres en pleitos de hombres.

(OTTON III vuelve a sentarse, al tiempo que la MUJER se incorpora quedando de rodillas, desafiante.)

(Sin alterarse.) No sabe uno qué hacer con ellas. Las galanterías están fuera de lugar. **(A TÚSCULO.)** Ahora, tampoco vamos a descoyuntarla.

TÚSCULO.- (Siguiendo la broma.) Sería una pena.

OTTON III.- (A todos, incluido CRESCENZIO.) ¿Se os ocurre algo?

GREGORIO V.- Tal vez recluirla en un convento.

OTTON III.- No está mal, podría ser. **(Pausa.)** ¿No tiene nadie una idea mejor?

CONSEJERO.- Ya que no hubo saqueo, podríais entregársela a la tropa, como botín.

CRESCENZIO.- (Al CONSEJERO.) ¡¡Miserable!!

OTTON III.- (A los ARMADOS.) ¡Fijadlo a la garrucha!

(Con las manos atadas a la espalda, CRESCENZIO es reducido con facilidad por los ARMADOS, quienes lo enganchan por las muñecas con una cuerda que pende de una horca.)

OTTON III.- (Enérgico.) Una palabra más, y aquí mismo os hago descoyuntar.

MUJER.- ¡Sois un carnicero!

OTTON III.- (Al CONSEJERO.) Y a ella, bajadla a las mazmorras para que la disfruten los armados.

CRESCENZIO.- (Furioso.) Es una patricia. No podéis tratarla como a una ramera.

OTTON III- (A los ARMADOS.) Descoyuntadlo.

MUJER.- (Lanzándose hacia OTTON III.) ¡Asesino!

(Dos ARMADOS la reducen, al tiempo que otros dos tiran de la cuerda descoyuntando a CRESCENZIO.)

CRESCENZIO.- (Al crujirle los hombros, lanza un grito desgarrador.) ¡¡¡Ah...!!!

MUJER.- ¡Os mataré! ¡Juro que os mataré!

(A un gesto de OTTON III, los ARMADOS aflojan la cuerda. CRESCENZIO, aunque demudado y maltrecho, consigue mantenerse en pie.)

MUJER.- ¡Asesino! ¡Tirano! ¡Moriréis como un perro!

OTTON III- (A los ARMADOS que la sujetan.) Lleváosla.

(Los ARMADOS la arrastran con dificultad. GREGORIO V y GERBERTO muestran cierto desagrado por la situación.)

MUJER.- (Según es arrastrada.) ¡Os mataré! ¡Lo juro! ¡Os mataré!

(Los ARMADOS, finalmente, consiguen llevársela.)

MUJER.- (Desde fuera.) ¡Como un perro!, ¡moriréis como un perro!

(OTTO III, pausadamente, se aproxima a CRESCENZIO, que muestra en su rostro el dolor y la indignación.)

OTTO III.- Pudisteis dedicaros al gobierno de la ciudad. Pero preferisteis seguir el ejemplo de vuestro padre. De nada sirvió que gracias a Su Santidad (**Por GREGORIO V.**) se os levantara el destierro. Fue irme de Italia y os faltó tiempo para expulsarlo del Vaticano. Pues aquí acabaron las tropelías del Patricio de Roma. Aunque, ¿qué digo?, ¿Patricio vos? Vuestra nobleza está carcomida por la traición.

CRESCENZIO.- (Aunque maltrecho, habla con entereza.) Jamás acaté el poder de los germanos, conque mal pude cometer traición.

OTTO III.- Os guste o no, desde que mi abuelo se casara con la Emperatriz Adelaida, corresponde a nuestra familia el Imperio de Italia.

CRESCENZIO.- Puede que esa boda os diera derechos sobre Italia, pero no sobre esta ciudad, que Roma se gobierna según sus fueros, y eso me legitima como Patricio. (**A TÚSCULO.**) Vos sois el traidor, por aliaros con los germanos.

OTTO III.- Es inútil, no perdamos más tiempo. (**Al CONSEJERO.**) Que el verdugo dé cuenta de él. (**A CRESCENZIO.**) En atención a vuestra nobleza, seréis decapitado, por más que la vuestra sea una estirpe de traidores.

CRESCENZIO.- Mi estirpe es leal a Roma. Y mientras haya un Otton que nos tiranice, habrá un Crescenio que se levante en armas.

OTTON III- (Al CONSEJERO.) Ejecutadlo en las almenas.

(CRESCENZIO es llevado a las almenas.)

(Dirigiéndose a los reunidos.) ¿No pretendía decapitar al Imperio sublevando a Roma? Pues que la plebe vea desunidos su cuerpo y su cabeza, para que así considere cuán poco vale una cabeza independiente.

(El VERDUGO, con el mandoble, le corta la cabeza. Luego, con ayuda de los ARMADOS, lanza su cuerpo al Tíber, escuchándose la reacción de la plebe que presencia la ejecución.)

Acabemos con esto cuanto antes. (A TÚSCULO y GERBERTO.) Procesad a los prisioneros. (Al CONSEJERO.) Y vos, aseguraos de que se cumplan las sentencias.

(Salen TÚSCULO y el CONSEJERO. Los ARMADOS obligan a bajar de la torre a los PRISIONEROS. ABEN MASARRA, que se encuentra entre ellos, se aparta y se sitúa donde GERBERTO pueda verlo.)

OTTON III- (A GERBERTO.) Tan doloroso como necesario.

GERBERTO.- (Que no deja de mirar a ABEN MASARRA, cuya presencia sólo es advertida por él.) Había que extirpar el mal.

OTTON III.- Ya mi padre, o tal vez mi abuelo, debieron exterminar a esta familia.

GREGORIO V.- (A OTTON III.) ¿Queríais hablarme del arzobispado...?

OTTON III.- Ah, sí. (**Acercando a GERBERTO.**) Quisiera proponeros a Gerberto para que ocupe la sede de Rávena. (A GERBERTO.) El arzobispado será un buen puesto para vos. Hay mucho que hacer allí.

GERBERTO.- Majestad.

OTTON III.- (A GREGORIO V.) ¿Qué os parece?

GREGORIO V.- Una excelente idea.

OTTON III.- (A GERBERTO.) También yo pienso retirarme a Rávena. Necesito tiempo para orar y hacer penitencia. (A GREGORIO V.) Mañana pasaré por Letrán e iremos juntos hasta el Vaticano. Que la ciudad nos vea y se cerciore de que, en lo venidero, nadie podrá atentar contra nuestra unidad.

(Salen OTTON III y GREGORIO V. También hace intención GERBERTO, mas ABEN MASARRA le retiene por el hombro.)

ABEN MASARRA.- ¿Son estas las piedras sobre las que pensáis edificar vuestra comunidad espiritual?

(Y quedan inmóviles mientras se hace el oscuro.)

Escena III

Rávena, 999 d. C.

Ruido de lluvia y tormenta lejana.

En una estancia de la residencia imperial, OTTON III, sentado a la cabecera de la mesa, conversa con GERBERTO, también sentado, aunque a cierta distancia; tras él, en la penumbra, ABEN MASARRA, cuya presencia sólo será advertida por GERBERTO.

GERBERTO.- (A OTTON III.) Y es precisamente sobre estas piedras, sobre las que hemos de edificar nuestra comunidad espiritual; mas ¿qué otra cosa podemos hacer? El hombre se debate entre lo deseable y lo posible. Anhelamos cambiar cuanto nos rodea y se da la paradoja de que no hay modo de construir nada sin cimentarlo sobre lo que, para bien o para mal, nos ha sido legado.

(ABEN MASARRA deambula lentamente por la penumbra.)

OTTON III.- Es una dura prueba. Pues, aunque mi alma aspira al sosiego, el poder me perturba de tal modo que, cuando más debiera obrar en justicia, temo que sea la ira la que dicte mis actos. Y la sola posibilidad de que esto ocurra me aflige sobremanera y me roba la paz. **(Pausa.)** Creo que acabaré por aborrecer las tareas de gobierno.

GERBERTO.- ¿No será que Dios os llama a la vida monacal?

OTTON III.- También yo lo he pensado. Mas me debo a mi estirpe.

GERBERTO.- Esa paz que anheláis no la vais a encontrar gobernando un Imperio.

OTTON III.- Sin embargo, vos mismo repetís con frecuencia que debemos santificarnos haciendo nuestro trabajo con esmero.

ABEN MASARRA.- (Con intención.) ¿Habéis dicho vos eso?

GERBERTO.- (A ambos.) Sí, eso he dicho. Perfeccionar lo que hacemos nos perfecciona.

OTTON III.- Puede que si me dedicara al estudio... ¿Pero cómo alcanzar la perfección sofocando revueltas, o ajusticiando traidores?

GERBERTO.- El mal, ciertamente, contamina.

ABEN MASARRA.- De las dos energías que constituyen el universo, mientras que la que rige nuestros propósitos es el amor, la que infecta nuestros actos es el odio.

GERBERTO.- También yo padezco esa pugna entre lo que deseo y lo que he de hacer para conseguirlo; que precisamente, y he ahí de nuevo la paradoja, es justo hacer lo que no deseo.

OTTON III.- Aún no ha pasado un año desde que sofocamos la revuelta de Roma y ya hay hostigamientos y emboscadas; que a saber si serán los bizantinos o los Crescenios y sus nacionales.

GERBERTO.- Si no resultan ser los mismos Túsculos.

OTTON III.- ¿Qué más dará? Son los demás, los otros; esos desconocidos que se oponen enconadamente a lo que, a buen seguro, sería su beneficio.

GERBERTO.- He ahí otra pugna no menos descorazonadora. Nos esforzamos por alcanzar la unión de los cristianos, pero ¿la quieren ellos?¿Cómo convencer a reyes, condes y patricios de que renuncien a sus fueros en aras de una unidad que va contra sus intereses? Debemos conciliarnos para acometer una gran renovación. Y la iglesia debería ser la primera en renunciar a sus privilegios. De ahí mi insistencia en proponer una empresa que propicie alianzas y asegure el fortalecimiento de la fe.

OTTON III.- ¿La conquista de Jerusalem?

GERBERTO.- Sí, la conquista de Jerusalem.

ABEN MASARRA.- ¿Eleva el espíritu combatiendo a los sarracenos?

GERBERTO.- Eleva el espíritu combatiendo a los sarracenos. Almanzor lo hizo. El saqueo de Santiago reforzó su autoridad y enfervorizó a los fieles.

ABEN MASARRA.-¿La sangre de los cristianos mejoró acaso la espiritualidad del Islam?

GERBERTO.- Yo estaba en Córdoba cuando colgaron en la Mezquita las campanas de Compostela y presencié cómo el pueblo vibraba con su caudillo y con su Dios.

(Lentamente, de forma casual, ABEN MASARRA va perdiéndose en la penumbra.)

ABEN MASARRA.- ¿Pretendéis elevar la espiritualidad a sangre y fuego?

OTTON III.- Deberíais hablar más frecuentemente con Su Santidad. Gregorio os aprecia y os tiene en gran estima. Cierto que su negativa a levantar la excomunión dio lugar a desavenencias, mas eso, por fortuna, es asunto resuelto.

GERBERTO.- Así es.

OTTON III.- Fue una decisión precipitada. Tanto su juventud como la mía nos llevaron a error; sin embargo, vuestro consejo fue de gran provecho.

GERBERTO.- No había necesidad de enfrentarse a la Iglesia gala.

OTTON III.- Prestadle vuestra ayuda como me la habéis prestado a mí, pues también él es partidario de transformar la Iglesia. **(Pausa.)** Hace poco me hablaba con entusiasmo de la reforma de Cluny.

(Un SIERVO entra precipitadamente.)

SIERVO.- Majestad, llegan gentes de Roma. Apenas se les distingue; pero me ha parecido reconocer a vuestro Consejero.

OTTON III.- Que pase en cuanto suba. **(Pausa.)** Deprisa, ¿a qué esperáis?

(Sale el SIERVO, al tiempo que descarga la tormenta.)

OTTON III.- Sólo saber que vienen de Roma ya me desasosiega.

GERBERTO.- ¿Teméis nuevas revueltas?

OTTON III.- No, mientras sigamos acampados en Italia.

GERBERTO.- ¿Entonces?

OTTON III.- Pero habrá que partir hacia Germania, que también allí se están produciendo descontentos.

GERBERTO.- Es como tratar de mantener sobre la mesa el agua de un jarro... sin jarro.

OTTON III.- Algo así viene a ser. No hay nada a lo que asirse, ni nada que contenga.

(Entra el CONSEJERO.)

CONSEJERO.- Ha muerto.

OTTON III.- ¿Muerto? ¿Quién ha muerto?

CONSEJERO.- Su Santidad.

OTTON III.- ¿El Papa?

CONSEJERO.- Gregorio V ha muerto.

(Se oye cómo ruedan los truenos en la lejanía.)

GERBERTO.- **(Tras una pausa.)** ¿Pero cómo?

CONSEJERO.- Envenenado.

OTTON III.- ¡Pueblo de traidores! ¡Que donde haya un romano hay a un veneno...!

GERBERTO.- ¿Cogieron al asesino?

CONSEJERO.- No.

OTTON III.- ¿Alguien del servicio, quizás?

CONSEJERO.- Jamás andaba nadie en las cocinas que no gozara de su confianza.

GERBERTO.- **(Tras una nueva pausa.)** ¿Sufrió?

CONSEJERO.- Horriblemente. Más de una hora estuvo retorciéndose sin que los físicos acertaran con el antídoto.

OTTON III.- ¿Y en todo ese tiempo no dijo algo que nos permita...?

CONSEJERO.- No conseguía articular palabra.

OTTON III.- ¿No escribió un nombre, no hizo una señal...? No sé, algún indicio.

CONSEJERO.- Nada.

GERBERTO.- Pero ¿no hay, al menos, alguna sospecha?

CONSEJERO.- Por Letrán corría el rumor de que podía haber sido la mujer de Crescenzo.

OTTON III.- ¿Con algún fundamento?

CONSEJERO.- Supongo que por lo extraño de su desaparición.

OTTON III.- No sabía que hubiera desaparecido.

CONSEJERO.- No se la ha vuelto a ver desde la toma de Sant'Angelo. Hay quien dice que fue ella la que se tiró al río, aunque lo más probable es que fueran los armados; que, con las bromas, después de disfrutarla, la arrojaron al Tíber.

GERBERTO.- ¿Y no la ha visto nadie desde entonces?

CONSEJERO.- Ni regresó a su casa, ni tampoco se encontró su cadáver.

OTTON III.- ¿Por qué no fui informado de esa circunstancia?

CONSEJERO.- No se consideró necesario. Además, cuando ocurrió el suceso, vos ya estabais aquí, enclaustrado en vuestro retiro espiritual.

OTTON III- (A GERBERTO.) Mañana partimos hacia Roma. (Al CONSEJERO.) Que nos siga la tropa, por si hubiera disturbios.

CONSEJERO.- Lo haré saber a los armados.

OTTON III- Que todo esté dispuesto para el amanecer.

CONSEJERO.- Siento ser el portador de tales nuevas.

OTTON III- Hicisteis bien. Y ahora, id a descansar. Nos aguarda una larga jornada.

**(El CONSEJERO hace una ligera inclinación y se
marcha.)**

OTTON III- (Tras una larga pausa.) Mañana vendréis conmigo.

GERBERTO.- Eso pensaba.

OTTON III- Quiero que me acompañéis al Consejo porque voy a proponeros para el Papado.

GERBERTO.- ¿Yo...?

OTTON III- Y quiero hacerlo antes de que reaccionen las familias romanas.

GERBERTO.- Pero... no pertenezco al Colegio Cardenalicio.

OTTON III- Tampoco mi primo era cardenal cuando lo propuse.

GERBERTO.- Además, soy galo.

OTTON III- Tampoco él era italiano.

GERBERTO.- Pueden tomarlo como una provocación.

OTTON III- Es una provocación. No es que os nombre solo por eso; tengo otras razones. León VIII le concedió a mi abuelo la facultad de proponer a los Papas, y no voy a renunciar a ese derecho.

GERBERTO.- Aun así, no sé. Me abrumáis.

OTTON III- Haremos todo lo que hemos soñado

GERBERTO.- ¿No deberíais pensarlo más detenidamente?

OTTON III- Está muy meditado. **(Pausa.)** En más de una ocasión pensé si no tenía que haberos propuesto en su lugar. Y no debiera decir esto, lo sé, y menos en este momento. Pero lo pensé.

GERBERTO.- Su labor como Pontífice ha sido muy encomiable.

OTTON III- Jamás puse en duda su capacidad, o su entusiasmo. Sólo que yo quería realizar vuestro proyecto.

GERBERTO.- ¿Entonces?

OTTON III- Creí, y ése fue mi error, que con su juventud tendría mayor empuje. Y lo tenía, pero no tenía vuestro proyecto. **(Con sorna amarga.)** Mas ya veis qué cruelmente el destino nos ofrece una nueva oportunidad. La vida de los Papas es tan efímera que, con mi propuesta, siento que os pongo en peligro de muerte.

GERBERTO.- No es algo que me aterre. Cuando era joven, llegué a ambicionar la inmortalidad; mas, con los años, fui perdiendo el apego a la vida.

OTTON III- **(Cogiéndolo por los antebrazos.)** Mañana comenzaremos a hacer realidad el sueño que me enseñasteis a soñar.

(OTTON III sale. Y GERBERTO queda petrificado.)

GERBERTO.- Dios. ¿Tendré al fin que creer en tu existencia?

(Descarga la tormenta violentamente, mientras sobre GERBERTO desciende una bandeja con la CABEZA DEL DIABLO.)

CABEZA.- Sírveme y te serviré. Obra según mis fines y tus demandas serán saciadas.

(GERBERTO se tapa los oídos. Silba el viento.)

Sírveme y te serviré.

(Su mirada verde recorre la oscuridad.)

GERBERTO.- ¡Fue un sueño! ¡Jamás hice trato alguno!

(Vuelve a descargar la tormenta.)

CABEZA.- Sométete a mi poder y te convertiré en el más poderoso de los mortales.

(Silba el viento.)

GERBERTO.- Fue un sueño. Fue sólo un sueño. ¡Un sueño!
(Y rompe a llorar.)

(Relámpago, trueno y oscuro.)

Escena IV

Roma, 999-1002 d. C.

En la penumbra, sentados en fraileros,
GERBERTO-SILVESTRE II y ABEN MASARRA.

Por una puerta, al fondo, entra un rayo de luz.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Jamás hice trato alguno.

ABEN MASARRA.- ¿Qué os atormenta entonces?

GERBERTO-SILVESTRE II.- De niño tuve, sí, un sueño confuso.

ABEN MASARRA.- (Irónico.) Que os persigue como una larga sombra.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Culpa mía, por haberme jactado de ello. **(Y aclara.)** Más por sorprender que por convicción; que me divertía atemorizando a los ignorantes.

ABEN MASARRA.- No obstante, se ha cumplido.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¡Ha ocurrido! Lo que no significa que sea cumplimiento de nada.

ABEN MASARRA.- Ora teméis, ora negáis. ¿Qué es lo que os parte el ánimo?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Que vuelva a mi mente la imagen de un autómeta. Una cabeza parlante que pretendieron venderme en al-Andalus.

ABEN MASARRA.- ¿La Cabeza del Diablo?

GERBERTO-SILVESTRE II.- No, un ingenio curioso, pero nada más.

ABEN MASARRA.- ¿Que se asemeja quizás a la cabeza que visteis en el sueño?

GERBERTO-SILVESTRE II.- En nada. Cierto que al principio de la visión se manifestó con tanta negrura que cabría pensar que se trataba del maligno, mas, conforme me hablaba se iba transformando en cabeza voladora.

ABEN MASARRA.- Ya os desentrañé el significado de ese sueño. No es una, sino que son dos las cabezas que os piensan, como dos han sido siempre vuestros afanes: alcanzar el espíritu y alcanzar el poder. A cuál de esos empeños debéis el Pontificado es una cuestión a la que sólo vos podéis responder.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Jamás cometí acto alguno al servicio del mal.

ABEN MASARRA.- ¿No habéis puesto venenos?, ¿no habéis hecho conjuras...?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Nunca. Puedo jurarlo.

ABEN MASARRA.- ¿Entonces, qué os angustia?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Tal vez haya comprado alguna voluntad, pero siempre al servicio de una causa justa.

ABEN MASARRA.- (Con cierta ironía.) Ya, cuando hacíais el mal era al servicio del bien. (Pausa.) Deberíais estar iluminado y os veo, más que nunca, sumido en las tinieblas. (Pausa.) El Gran Sacerdote de la Colina de los Vaticinios no obtiene respuesta en la gruta de los secretos. ¿Acaso sois menos grato a la divinidad que los magos etruscos o los augures romanos? ¿No será que vuestro Vaticano no se encuentra en las entrañas de ninguna colina, sino dentro de vos?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pensé que el tiempo resolvería la vida placenteramente, y ya veis: a cada paso, aumenta mi zozobra.

ABEN MASARRA.- ¿No estaréis caminando en dirección contraria?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Añoro los años de estudio. Y el trabajo en el taller: la construcción del astrolabio, la esfera armilar, el ábaco, la sirena de vapor, el órgano, la caja de resonancias; tantas y tantas invenciones. ¡Ah!, y el reloj de péndulo. Recuerdo que mientras lo construía escuchaba el trino de los pájaros. Pensaba entonces que midiendo el tiempo, subdividiendo su discurrir, llegaría a ser su dueño. Y he ahí que los pájaros, ajenos a su medición, son más dueños del tiempo que yo, pues mientras ellos viven desocupados, yo, en mi afán de poseerlo, lejos de disfrutar de aquella dicha, acabé ocupando mi tiempo en negocios que sólo me han dado desazón.

ABEN MASARRA.- Y si era tanta la dicha, ¿qué os empujó a marcharos?

GERBERTO-SILVESTRE II.- También la enseñanza es un remanso. Volcar en otros lo que otros volcaron en ti.

ABEN MASARRA.- No habéis contestado a mi pregunta.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Aunque nada tan apasionante como la contemplación de lo creado.

ABEN MASARRA.- Sí, vuestro pasado debió ser apasionante. Pero ya no sois vuestro pasado. Abandonasteis el silencio y ahora sois el gobierno del mundo.

GERBERTO-SILVESTRE II.- No, no. No es eso.

(Se abren las puertas y entra luz a raudales. OTTON III, DAMAS, NOBLES y CARDENALES departiendo; ARMADOS, SIERVOS y PAJES, cumpliendo sus funciones.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- (A una DAMA.) No es eso en absoluto.

DAMA.- No lo será, pero corre el rumor de que descubristeis un tesoro. En el Campo de Marte, creo. ¿O fue en los Jardines de Tívoli?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Fantasías de ociosos.

DAMA.- Pues si Su Santidad supiera las historias que cuentan...

GERBERTO-SILVESTRE II.- Ya, ya imagino.

DAMA.- Aseguran que Su Santidad estuvo en un harén.

GERBERTO-SILVESTRE II.- En eso no andan del todo descaminados.

DAMA.- ¡Alabado sea Cristo Nuestro Señor!

GERBERTO-SILVESTRE II.- (Divertido.) Sea por siempre alabado.

DAMA.- (Vivamente interesada.) ¿Y es cierto, como dicen, que someten a esas pobres mujeres a suplicios horribles?

GERBERTO-SILVESTRE II.- No tan horribles. Que si os contara, os sorprenderíais de cuán placenteros son tales suplicios.

DAMA.- Ah, pues cuente, cuente Su Santidad, que soy toda oídos.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Tendréis que disculparme pero, dada mi condición, no creo que deba entrar en detalles.

DAMA.- (Con manifiesto desencanto.) Ah.

(Y aprovechando que se encuentra cerca de OTTON III, GERBERTO-SILVESTRE II se desprende de la DAMA.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- (Aparte, a OTTON III.)
¡Me hablaba de harenes!

OTTON III.- (Sorprendido.) ¿Pero cuándo estuvo esa dama en tierras sarracenas?

GERBERTO-SILVESTRE II.- O mejor, pretendía que yo le contara.

OTTON III.- No la hacía muy discreta, mas jamás pensé que se atreviera a tanto.

GERBERTO-SILVESTRE II.- La cuestión es que, según hablábamos de al-Andalus, pensé si no sería ésta una buena ocasión para que le expusierais a estos dignatarios nuestro plan sobre el protocolo, y así conocer su opinión.

OTTON III.- Excelente idea. (A los presentes.) Atended. Atended un momento.

(La corte se disponen a escuchar.)

OTTON III.- Hace tiempo que consideramos la conveniencia de realzar el protocolo, así como de dar mayor esplendor a las celebraciones eclesiásticas. Es una antigua idea de Su Santidad, que requiere acometer grandes obras. (A GERBERTO-SILVESTRE II.) Pero exponedlo vos.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Preferiría...

OTTON III.- La idea es vuestra, y, sin duda, la expondréis con mayor propiedad.

GERBERTO-SILVESTRE II.- En mis viajes a al-Andalus tuve ocasión de tratar a sus gobernantes: visité sus palacios, asistí a sus ceremonias, conocí su protocolo; y de la contemplación de tanta fastuosidad, deduje -también se me confirmó- que tal manifestación de riqueza no era sino un modo de consolidar su poder. De ahí que nos preguntemos si, en lo venidero, no sería conveniente que también nuestros actos públicos se llevaran a cabo con mayor solemnidad.

CARDENAL.- ¿Pero esas son costumbres de infieles?

GERBERTO-SILVESTRE II.- No porque los infieles beban agua, tenemos los cristianos que morir de sed.

(Risas generales.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- (Tras la pausa.) Todo allí es fascinante, mas, de entre tanta maravilla, me impresionó Medina al-Zahara, o la Ciudad resplandeciente. Un palacio portentoso en el que el Califa es servido por cerca de cuatro mil mayordomos y más de seis mil mujeres, entre nobles, concubinas, siervas y esclavas.

DAMA.- ¿No pretenderá Su Santidad establecer harenes en Roma, para que nos recluyan a las cristianas en esos lugares de perdición?

GERBERTO-SILVESTRE II.- (Con sorna.) Podéis estar tranquila, que no es ése nuestro propósito.

OTTON III.- Deberíais dejarle acabar.

GERBERTO-SILVESTRE II.- A Al-Zahara se accede a través de jardines en los que la vegetación sigue un orden geométrico. Vergeles muy sombreados por los que el agua fluye por doquier. Arroyos, albercas, cauces, fuentes... Había una, sin igual, en la que a un león de piedra arrojaba agua por la boca. Ah, y fieras, fieras vivas, animales extraños traídos de África; algunos tan sorprendentes como unos caballos de enorme cuello a los que llamaban jirafas. **(Pausa.)** Y si los jardines merecían ser aposentos, era entrar en palacio y las columnas asemejaban bosques de palmeras. Y así, reflejándose mutuamente, estancias y jardines se sucedían como perlas de un collar. Las salas estaban vestidas con sedas y alfombras. Y era frecuente ver en ellas aves de orfebrería que aleteaban al son de un campanil. Todo era tan sorprendente... Recuerdo un pabellón de cristal que flotaba sobre el agua y en el que los peces nadaban bajo nuestros pies. Y el Salón de Plata, en el que, por la conjunción de un rayo de sol y una fuente de mercurio, se veían estrellas girando en la penumbra como si se tratara de la creación del Universo; mas cuando se agitaban los metales, se producía tal conmoción que, entre relámpagos y truenos, veías como el firmamento se precipitaba y era llegada la hora del Juicio Final. **(Pausa.)** Fueron más los palacios cordobeses que visité: el de la Ruzafa, el del Alcázar, el de al-Zahira, el de la Noria y otro pequeño, construido sobre el río, cuyo nombre olvidé; pero os he hablado de este para que imaginéis mejor cómo debió sentirse el Rey Sancho de Navarra cuando fue a negociar el tratado con el Califa. Cuentan que el cortejo de nobles que le recibió era precedido por músicos y danzarinas, y escoltado por mayordomos ricamente ataviados; y que todos marchaban con gran sosiego, deteniéndose junto a las fuentes, de forma que, durante las paradas, eran los pajes quienes le obsequiaban con dátiles y leche, mientras que cuando caminaban eran las esclavas las que le arrojaban flores a su paso. Fue tal el desconcierto que le produjo la recepción, que iba decidido a negarle el tributo y no sólo le rindió vasallaje sino que, seducido por tanta fastuosidad, le ofreció a su hija Blanca para el harén. Y es que tales maravillas, además de deleitar a sus poseedores, hacen daño en el ánimo de los adversarios.

OTTON III.- Mi madre, la Reina Teofanía -que, como sabéis, vivió un tiempo en Bizancio-, solía contarme con qué boato se celebraban allí las ceremonias.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Y en Persia, y en Egipto, Incluso el rey Salomón edificó un templo portentoso. La Historia lo confirma. Basta con mirar las ruinas monumentales que aún se mantienen en pie, y sin salir de Roma tenemos testimonios de cómo se consolida un imperio.

OTTON III.- Lo que nos proponemos es que la ciudad, tantas veces saqueada, recupere su antiguo esplendor, para mayor gloria de la Cristiandad.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Hemos entrado en el nuevo milenio sin que se haya cumplido el Apocalipsis. Ni los sarracenos son invencibles, ni Almanzor es el Anticristo, como algunos quisieron hacernos creer. Son fuertes porque somos débiles. Nuestro miedo afianza su poder. Pues bien, es llegado el momento de ser nosotros los poderosos; aprendamos de ellos y luchemos unidos en ese empeño. **(Pausa.)** Adopté el nombre de Silvestre para mi pontificado en memoria del Papa que, junto a Constantino, alcanzó el mayor apogeo de la Cristiandad. Como ellos, nos proponemos unir la Iglesia y el Imperio en una sola voluntad, para así proclamar al mundo la palabra del único Dios verdadero.

(La escena queda súbitamente en penumbra y desaparecen los cortesanos, al tiempo que GERBERTO-SILVESTRE II se sienta frente a ABEN MASARRA.)

ABEN MASARRA.- ¿Proclamar la palabra de Dios con acciones de diablo?

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Qué mal hay en que nos defendamos de nuestros enemigos con sus mismas armas?

ABEN MASARRA.- En esencia, no hay más enemigos que el amor y el odio. Y su frontera jamás se corresponde con la de los imperios o sus religiones.

GERBERTO-SILVESTRE II.- La Cristiandad ha sido humillada. Y lo que pretendemos con estos nuevos modos es que sea consciente de su valía.

ABEN MASARRA.- La valía de los hombres está en su espíritu. Ahí radica su fuerza.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Ya me ocupé de cuanto convenía al cuidado del alma: reformé las comunidades religiosas; dicté decretales para acabar con la corrupción en las diócesis. Pero eso no basta. No es posible dedicarse a la oración, no es posible alcanzar la santidad bajo la amenaza del Islam. Y no hay mejor forma de no tenerles miedo que lograr que sean ellos los que nos teman.

ABEN MASARRA.- ¿Pretendéis, a un tiempo, ser santo y que os teman?

GERBERTO-SILVESTRE II.- No ser arrasado por el enemigo. Eso es lo que quiero.

ABEN MASARRA.- Pero el Islam no es vuestro enemigo. No los hombres santos del Islam. Vuestro enemigo es Almanzor.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Cierto. Y por eso, para vencerle, he resuelto emularle. Levantaremos templos y palacios que harán palidecer al Califato y conquistaremos Jerusalem, igual que él conquistó Compostela.

ABEN MASARRA.- Si hacéis lo que él hace, seréis lo que él es.

GERBERTO-SILVESTRE II.- La defensa de la espiritualidad no puede dañar mi espiritualidad.

ABEN MASARRA.- ¿Qué esperáis, encontrar a Dios en la solemnidad de las ceremonias o en el campo de batalla?

GERBERTO-SILVESTRE II- Siempre le busqué en las maravillas de la Creación. Y así, quisiera que toda la Cristiandad lo encontrara en su obra. ¿Pero cómo puedo predicar la palabra de Dios desde una ciudad emponzoñada por venenos?

ABEN MASARRA.- Ignoraba que la guerra o la ostentación fueran antídotos contra la maldad.

GERBERTO-SILVESTRE II- Yo haré que lo sean. **(Pausa.)** Desde muy joven, antes incluso de conocer vuestros libros, que eso fue en Tarragona, yo ya intuía que la religión no servía para nada si no nos conducía a la experiencia espiritual.

Por eso, al advertir las miserias de la vida conventual, colgué los hábitos y me eché al mundo convencido de que Dios esperaba de mí grandes hazañas, como la de devolverle a la Iglesia su espiritualidad. Pues bien, desde entonces, todos mis esfuerzos forman parte de un plan para alcanzar ese fin.

ABEN MASARRA.- ¿También el pacto con el diablo?

GERBERTO-SILVESTRE II- ¡Jamás hice pacto con diablo alguno!

ABEN MASARRA.- ¿No fue entonces cuando tuvisteis ese sueño en el que se os ofrecía el poder y la inmortalidad?

GERBERTO-SILVESTRE II- Mi único fin es acercar al pueblo de Dios a la experiencia espiritual. Pero no «puedo» hacerlo si no tengo el «poder» para hacerlo.

ABEN MASARRA.- Y para conseguir ese poder, abandonasteis, a cambio, vuestra espiritualidad. ¿No es eso un pacto con el diablo?

GERBERTO-SILVESTRE II- Es la mano de Dios la que me guía. ¿Cómo podéis explicar, si no, los acontecimientos fortuitos que me llevaron desde el convento benedictino de Aurillac a la cumbre Vaticana? Mis estudios en Cataluña, el viaje con Borrell a Roma, mi introducción en la corte germana, la tutoría de los Ottones... ¿No veis en ello la mano de Dios?

ABEN MASARRA.- Veo, y me sorprende sobremanera, a un defensor acérrimo de la razón utilizando la casualidad como argumento. Y no todas las casualidades, sólo las que os resultan convenientes. ¿O qué me decís de la ejecución de Crescenzo, o del asesinato de Gregorio V? ¿Veis también en eso la mano de Dios?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Nada tuve que ver con esas muertes.

ABEN MASARRA.- Pero os beneficiasteis de que ocurrieran.

GERBERTO-SILVESTRE II.- También me beneficio de los rayos del sol o del agua de los manantiales, sin que por ello sea su hacedor.

ABEN MASARRA.- ¿Pretendéis confundirme con artificios dialécticos?

GERBERTO-SILVESTRE II.- No hay artificio en decir que mi vida estuvo siempre al servicio de Dios.

ABEN MASARRA.- Y, pese a todo, al ofrecer el Papado, lo primero que os vino a la mente fue el pacto con el diablo.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Así son de confusos los actos del maligno. Mas, por mucho que me tienta y me perturbe, no conseguirá hacerme dudar de la rectitud de mis fines.

ABEN MASARRA.- Poco importa la rectitud de los fines, si para lograrlo nos mancillamos. Son los actos, y no las intenciones, los que engrandecen el espíritu.

(En otro plano, un aposento del castillo de Paterno en el que una MUJER le hace una felación a OTTON III.)

GERBERTO-SILVESTRE II- Jamás ambicioné poder alguno que obrase en mi provecho, que todo cuanto hice fue al servicio de Dios. Y así espero ser juzgado cuando acuda a su presencia.

ABEN MASARRA.- No será preciso esperar. Nuestras acciones se juzgan a sí mismas, y en ellas mismas reside su condena. **(Y señala hacia OTTON III.)**

GERBERTO-SILVESTRE II- **(Al advertir lo que ocurre.)** ¿Y a qué esta visión?

ABEN MASARRA.- El Emperador, que se divierte.

GERBERTO-SILVESTRE II- Pero si partió hacia el Adriático para recibir a la futura reina, que viene a los esponsales.

ABEN MASARRA.- Pues ahí le tenéis.

GERBERTO-SILVESTRE II- No... no... no es posible; no puede ser ella. Más parece que se hubiera detenido en una posada.

ABEN MASARRA.- Hace noche, sí, mas no en una posada, sino en el castillo de Paterno.

GERBERTO-SILVESTRE II- **(Comprensivo y nostálgico.)** Dulces pecados de juventud.

(La MUJER, al acabar la felación, se incorpora y, dándole la espalda a OTTON III, se limpia con asco.)

MUJER.- (Volviéndose solícita.) ¿Os gustó?

OTTON III.- (Riendo.) A fe que llegué a temer que me sorbierais la espina dorsal.

MUJER.- Pues si me empleáis al servicio de vuestra futura esposa, siempre estaré a vuestra merced en todo aquello que las reinas no hacen.

OTTON III.- Una previsión muy tentadora.

(La MUJER va hacia una mesa, sobre la que hay una jarra y un par de copas; situándose frente a GERBERTO-SILVESTRE II.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- (Aterrado.) Pero si es la mujer de Crescenzo.

ABEN MASARRA.- Así parece.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero... ¿pero cómo no la ha reconocido?

ABEN MASARRA.- El deseo, que ciega tanto como el odio. Que si entonces fue la ira, ahora es la lascivia lo que enturbia su mente y vela sus ojos.

(La MUJER, que se ha servido de la jarra mientras OTTON III ordena sus ropajes, se enjuaga con el vino y lo escupe.)

OTTON III.- ¿No lo bebéis? Es un caldo excelente de la Borgoña.

MUJER.- Antes quería enjuagarme.

(Vuelve a llenar la copa y camina hacia él, insinuándose. Luego, se sienta en sus rodillas, bebe y le ofrece.)

MUJER. - ¿Queréis vos?

OTTON III. - (Con asco.) Servidme en otra copa.

(La MUJER va a hacerlo, pero OTTON III la retiene.)

OTTON III. - El caso es que vuestra cara...

MUJER. - Pensé que os había pasado inadvertida.

OTTON III. - ¿Nos habíamos visto antes?

MUJER. - Yo a vos sí.

OTTON III. - ¿Y... tenía que haberos visto?

MUJER. - Tres años hace que entré al servicio de los condes de Paterno. Y en ese tiempo habéis rendido jornada en el castillo en varias ocasiones. Aunque nunca, hasta hoy, conseguí atraer vuestra atención. Por más que me lo propuse.

OTTON III. - Iría cansado y con la mente en los asuntos del Imperio.

MUJER. - Mientras que ahora es la venida de vuestra futura esposa lo que os lleva embravecido.

OTTON III. - (Ríe.) Vista vuestra... desenvoltura, lamento las ocasiones perdidas.

MUJER. - De vos depende que me tengáis a vuestro servicio para cuando os plazca.

OTTON III. - ¿Lo deseáis vos?

MUJER. - Siempre será preferible estar amancebada con el Emperador, que no ser la esposa de un rufián.

OTTON III.- Pues ya se verá, que pudiera ser que esta noche os hubierais ganado el sustento de por vida. **(Señalando la jarra.)** Pero ponedme vino.

(La MUJER se acerca a la mesa y, cubriéndose con el cuerpo, vierte un frasco en la copa antes de echar el vino, y luego se la ofrece. Mientras esto ocurre:)

GERBERTO-SILVESTRE II.- Va a matarlo.

ABEN MASARRA.- Así es.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero... haced algo.

ABEN MASARRA.- ¿Qué queréis que haga?

GERBERTO-SILVESTRE II.- No puede morir ahora.

ABEN MASARRA.- Sólo cabe mirar. Estar presente.

GERBERTO-SILVESTRE II.- No en este momento.

ABEN MASARRA.- ¿No fue eso lo que hicisteis cuando murió Crescenzo?

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¡Tiene que vivir! Necesito que viva para lograr mis fines.

ABEN MASARRA.- Pues ya veis cómo se desmoronan las piedras sobre las que pensabais construir el futuro de la Cristiandad.

(La MUJER le entrega la copa a OTTON III y aguarda a su lado hasta que la apura. Tras beberla, OTTON III queda un momento inmóvil. Presiente lo que ocurre. Y va a abalanzarse sobre ella cuando cae traspasado por el dolor.)

OTTON III- (Con esfuerzo.) ¡Asesina! (Se sobrepone.) ¡A mí! ¡Favor! ¡Ayuda!

(OTTON III intenta incorporarse, pero la MUJER, tras arrebatarse la daga, de un puntapié vuelve a tirarlo al suelo.)

MUJER- Como un perro. Así vais a morir, como un perro.

OTTON III- ¡A mí la guardia! ¡Ayuda! (Y grita hasta que no puede articular palabra.)

MUJER- (Agachada junto a él.) ¿Sabéis quién soy, eh? ¿Sabéis quién soy?

(La mira sin comprender.)

MUJER- ¿Os dice algo el nombre de Crescenzio?

(OTTON III intenta incorporarse, pero la MUJER le coge por el pelo y tira de su cabeza hacia atrás, inmovilizándolo.)

MUJER- Muy bello, el doncel. Se lo daremos a los gusanos para que lo disfruten.

(OTTON III se deshace de ella, la golpea y la hace rodar. Durante la refriega, la MUJER pierde la daga.)

OTTON III- ¡Ayuda! ¡Favor! ¡Ayuda!

(Pero la MUJER se levanta rápidamente y le golpea en el estómago. OTTON III queda retorciéndose. La MUJER recupera la daga y, apoyándosela en el cuello, le habla a la cara.)

MUJER- Tres años esperando este momento, y ahora quisiera que no murierais nunca. Que nunca dejarais de sufrir.

(Sin cesar de gemir y darle arcadas, OTTON III se echa sobre la MUJER e intenta hincarse la daga, pero ella se aparta.)

Aunque muerto sois. Y con vos acaba vuestra estirpe. Ya no habrá más Ottones en el suelo de Roma. Se acabaron los emperadores germanos. El heredero que esperabais tras los esponsales, esa cría de alacrán, está en mi boca. ¡Muerto! **(Hiriente.)** ¿Os dio placer? **(Con odio.)** Pues mirad, **(Le escupe.)** ahí tenéis su cadáver.

(La luz de la escena posterior se amortigua gradualmente.)

ABEN MAS ARRA.- ¿Oísteis eso? Ni un pequeño heredero al que educar. Ni un heredero que culmine lo que apenas si habéis comenzado.

GERBERTO-SILVESTRE II- (Muy bajo.) ¡Dios, Dios, Dios!

ABEN MASARRA.- ¿Es éste otro de esos hechos casuales propiciados por Dios para que la Iglesia alcance su espiritualidad? ¿No serán las burlas de un diablo?

(Y también la luz que los ilumina se va amortiguando, de forma que ambas escenas acaban en un mismo oscuro.)

Escena V

Entre Roma y Jerusalem, 1003 d. C.

La escena comienza en total oscuridad.

ABEN MASARRA.- (A modo de eco.) ¿No serán las burlas de un diablo?

GERBERTO-SILVESTRE II- ¿Cómo voy a saberlo? Yo soy solo un hombre, y nada puedo hacer contra el destino.

ABEN MASARRA.- El destino se forja con la voluntad. Nada nos viene impuesto.

GERBERTO-SILVESTRE II- ¿Es que no me esforcé más de lo imaginable? Pues ya veis cómo una absurda venganza ha tirado por tierra la obra de mi vida.

(Una luz muy tenue, según aumenta lentamente su intensidad, nos irá mostrando un cubo de piedra en el centro del escenario.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- Mientras aspiraba a engrandecer el Reino de Dios, todo tenía un sentido. En cambio ahora...

ABEN MASARRA.- Seguíis siendo el Sumo Pontífice.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Y qué puedo hacer, con los nobles romanos disputándome la ciudad, y el nuevo Emperador, que para mayor desgracia me cuenta entre sus enemigos, ausente en la Borgoña? Decid: ¿qué puedo hacer sin que nadie me asista ni me valga?

ABEN MASARRA.- Predicad la palabra de Dios. ¿No era ésa la razón por la que ambicionabais el poder?

GERBERTO-SILVESTRE II.- No seáis cruel conmigo. Si predicara su palabra según mi fe, mañana mismo asistiría a mi entierro.

ABEN MASARRA.- Pues si habéis perdido el poder, podríais romper el pacto; dado su incumplimiento.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿El pacto? ¿Qué pacto?

ABEN MASARRA.- El que os concedía el poder y la inmortalidad.

GERBERTO-SILVESTRE II.- No fue un pacto, fue un sueño.

ABEN MASARRA.- El pacto, el sueño, ¿qué más da? Romped el espejo. ¿Recordáis que hace tiempo os lo anuncié? Pues ya estáis ante él; en el oro se refleja la imagen de vuestros actos.

(Aumenta ligeramente la luz, si bien GERBERTO-SILVESTRE II y ABEN MASARRA continúan en la oscuridad.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿El oro? ¿El espejo?

ABEN MASARRA.- Entiendo que no os guste, pero fueron vuestros actos los que hicieron de vos lo que ahora sois, y si queréis volver a ser quien antes fuisteis, tendréis que desdeciros: rompiendo el pacto, destruyendo el espejo.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero... ¿de qué he de desdecirme?

ABEN MASARRA.- ¿No teníais el propósito de ir a Tierra Santa.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Sí.

ABEN MASARRA.- A conquistar Jerusalem.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Sí, pero no entiendo.

ABEN MASARRA.- Pues cambiad la espada por el báculo e id de peregrino.

GERBERTO-SILVESTRE II.- **(Titubeante.)** ¿De peregrino?

ABEN MASARRA.- A decir una misa.

(GERBERTO-SILVESTRE II entra en la zona de luz.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Una misa? ¿Cómo una misa?

ABEN MASARRA.- Sí, una misa en Jerusalem.

GERBERTO-SILVESTRE II- No. No es posible.

(GERBERTO-SILVESTRE II **sale de la zona de luz.**)

ABEN MASARRA.- ¿El Papa de Roma puede ir a Tierra Santa para conquistarla por las armas y no puede decir una misa en Jerusalem?

GERBERTO-SILVESTRE II- Pero, ¿por qué? ¿Para qué una misa?

ABEN MASARRA.- Para romper el pacto.

GERBERTO-SILVESTRE II- ¿Cómo sabéis...?

ABEN MASARRA.- ¿No se os concedía el poder y la inmortalidad?

(GERBERTO-SILVESTRE II **entra en la zona de luz.**)

GERBERTO-SILVESTRE II- ¡No!

ABEN MASARRA.- ¿...a cambio de no decir misa en Jerusalem?

GERBERTO-SILVESTRE II- ¡No podéis saberlo!

ABEN MASARRA.- Lo sé.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero... ¿Pero cómo? ¿Cómo lo sabéis, si nunca os lo dije?

ABEN MASARRA.- Porque soy el diablo.

GERBERTO-SILVESTRE II- ¿Vos?

ABEN MASARRA.- Así dirán de mí los que parten el mundo en dos mitades con verdades rotundas.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Vos, que amáis las cosas sencillas? ¿Vos, que exaltáis el espíritu? ¿Cómo podéis decirme que sois el diablo?

ABEN MASARRA.- Lo mismo, y por igual motivo, que podría decirnos que no lo soy.

(GERBERTO-SILVESTRE II **sale de la zona de luz.**)

GERBERTO-SILVESTRE II.- No juguéis conmigo. Tanto si sois ángel, como si sois demonio, no os burléis de mí en mi desgracia.

ABEN MASARRA.- Todo está en vuestra mente. Yo estoy en vuestra mente. Como Dios y el diablo están en vuestra mente. Somos vuestra mente. Así que conciliaros con vuestro propio ánimo, puesto que es vuestra mente la que juega con vos.

(GERBERTO-SILVESTRE II **entrar en la zona de luz.**)

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¡Luz, más luz!

(**Y la luz se va incrementando lentamente.**)

ABEN MASARRA.- Queríais el oro para alcanzar la luz, y el oro os devuelve oscuridad.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Pero no era bruñiendo los propios metales como se alcanzaba la cabeza dorada, la cabeza resplandeciente, la cabeza voladora?

ABEN MASARRA.- Confundís los pactos con los sueños. La bestia negra que conforme os hablaba se convertía en hombre con cabeza de ave, pertenece al sueño. Que así se os indicaba cómo, con vuestro esfuerzo, podríais convertir la ignorancia en la sabiduría. Pero hicisteis un pacto. Un pacto que no precisa firmas como no necesita ni cabeza parlante, ni Bafomet, ni nada que asemeje la forma del diablo; un pacto con vos mismo. Aquel que os exigíais.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Son cosas que se dicen...

ABEN MASARRA.- Y que se cumplen. **(Pausa.)** Gobernar el mundo desde Roma a cambio de no celebrar misa en Jerusalem. Habéis alcanzado el lugar del Imperio, a cambio de renunciar al lugar del espíritu.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero yo siempre quise ir a Jerusalem.

ABEN MASARRA.- Para conquistarlo. El vuestro no era un viaje de veneración, sino de profanación.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Quería recuperarlo para Cristo.

ABEN MASARRA.- ¿Es que está, acaso, en guerra con Alá? **(Pausa.)** Vuestros sueños os conducían a la santidad, pero la pasión por alcanzar el poder os sumió en las tinieblas. Y ésa es la imagen que os devuelve el espejo: la de un Papa aterrado que, como vuestros antecesores, huye de los venenos.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero yo pretendía purificar la Iglesia. Romper con su pasado.

ABEN MASARRA.- ¿Cómo, con obras suntuarias, con ceremoniales, proclamando la Guerra Santa?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Así es el mundo, y en él he de valerme. ¿Es culpa mía esta guerra de dioses?

ABEN MASARRA.- Dios, de existir, es uno, o infinitos, que viene a ser lo mismo. Y el modo de servirlo no es matar en su nombre.

(La luz se concentra sobre el bloque de piedra, convertido en altar. Al fondo se vislumbra a alguien de rodillas.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Y qué queréis que haga?

ABEN MASARRA.- Partir de peregrino.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Cómo? No es posible.

ABEN MASARRA.- Salid de madrugada, como cuando escapasteis del convento.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Ya no soy un monje. Soy el Papa de Roma.

ABEN MASARRA.- Pues no lo seáis. Abandonad para siempre el Vaticano y sed el Vicario de Cristo en Jerusalem.

(Luz sobre la MUERTE, que reza de rodillas.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero eso sería el fin de la Iglesia.

ABEN MASARRA.- El fin, sí, de su poder terrenal, pero también la vivificación de su espíritu.

(La MUERTE toca la campanilla. GERBERTO-SILVESTRE II permanece en silencio frente al altar. La MUERTE vuelve a tocar. GERBERTO-SILVESTRE II se despoja de la tiara y alza los brazos, al tiempo que la luz, -concentrada- aumenta al máximo su intensidad.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- La paz sea con vosotros.

MUERTE.- Y con tu espíritu.

(Y repican a gloria las campanas, mientras se hace el oscuro y cae el telón.)

Nota del autor que se incluirá en el programa de mano

(El cual deberá repartirse a la salida)

Gerberto de Aurillac (h. 945-1003), sin duda un hombre brillante, nos ha llegado ensombrecido por su época, ciertamente oscura. Razón por la que fabular a expensas de su biografía fue para mí una necesidad. Mas no quisiera con mi atrevimiento añadir mayor confusión al maremágnum de fuentes contradictorias que nos dan noticias de su vida. Y con tal fin, a quienes acaban de conocerlo a través de mi obra, les aclaro:

Es histórico que fue monje benedictino en Aurillac, y que estudió matemáticas y árabe en Vich. No hay acuerdo sobre sus viajes a Córdoba. Es fabulación la caravana de eslavas y su amistad con Ben Abi Amir, si bien las costumbres y la cronología lo hacen verosímil. Pertenece a la leyenda -no podría ser de otro modo- su pacto con el diablo, que le impedía decir misa en Jerusalem. También es histórico que el Conde de Barcelona, a través del Papa Juan XIII, le introduce en la corte germana, en la que llegaría a ser preceptor de Otton II y Otton III; así como que después de estudiar lógica en Reims, dirigió su escuela catedralicia. Como maestrescuela, impartió el *trivium* y el *cuadrivium*, y fabricó numerosos aparatos -el ábaco, el astrolabio, la caja de resonancias, la sirena, el órgano de vapor, etc.- que utilizaba como material docente. Es generalmente admitido que es él quien, desde aquí, introducirá la numeración árabe en la Europa Occidental.

Párrafo aparte merece el debate (Act. I, esc. 3.^a). Lo ortodoxo hubiera sido escenificar su enfrentamiento con Otrico de Magdeburgo (combate dialéctico de gran resonancia en la época, pero de nulo interés teatral). En su lugar, he preferido fabular un torneo con San Pedro Damiano, que si bien es insostenible históricamente (vivió del 1007 al 1072), resulta más útil al drama, pues me permite mostrar la pugna entre los preescolásticos y los defensores del dogma; pugna que se realimentaría durante siglos con ligeras diferencias de matiz. Por otra parte, tal vez se deban a este enfrentamiento las leyendas que en el siglo XII comenzaron a circular sobre Gerberto. Y es que a los integristas la inteligencia siempre les pareció diabólica.

En consecuencia, es legendaria la Cabeza del Diablo, como es legendario que Gerberto se la robara a un sabio judío. Es histórico, en cambio, que en esos años se introduce en Europa la alquimia (la cabeza dorada). También el sufismo (la cabeza voladora). Y de Silvestre II se dirá que fue un Papa sufí. Lo que me ha dado pie para el otro gran anacronismo de la obra: sus diálogos con Aben Masarra (filósofo, sufí, agnóstico (?)) y máximo representante del panteísmo islámico; cuyos seguidores fundarían la república libertaria de Pechina), pues éste vivió unos cincuenta años antes; si bien, en esta ocasión, la licencia está dramáticamente justificada, ya que son sus ideas, que sin duda conoció, las que dialogan con él.

Las campañas de Almanzor son históricas; las diarreas, legendarias.

El tesoro que encuentra en el Campo de Marte, lo sitúo en los Jardines de Tívoli; pues parece verosímil que fuera Honorio quien lo escondiera allí para ponerlo a salvo de los bárbaros. Pretendo así meter la obra en razón; que la leyenda, según qué versiones, es mucho más fabulosa.

Como hombre político y de Iglesia, Gerberto desarrolla una gran actividad, imposible de pormenorizar dentro de los límites del drama. Así, quedó en el tintero su doble juego con la corona gala y el imperio germano. De ahí que atribuir al excomunicación únicamente a la arbitrariedad de Crescenzo es una simplificación impuesta por estos límites. Las referencias a sus cargos como abad de Bobbio y arzobispo de Reims y Rávena (cargos todos ellos históricos, que culminarían con el Pontificado) sirven para, de algún modo, significar su incansable actividad política.

Los venenos, los antipapas, las amputaciones, las intrigas, las excomuniones, las decapitaciones; la gusanería humana que agita Roma durante el fin del milenio, histórica. Puede que algún veneno sea discutible; pero eso, incluso hoy en día, sería difícil de demostrar, y a que a los papas no se les hace la autopsia.

Es generalmente admitido que Silvestre II fue el primer pontífice que propuso conquistar los Santos Lugares. Sin embargo, parece ser que no viajó nunca a Jerusalem. Aunque la leyenda asegura que confesó su pacto con el diablo, al ver llegada su hora, tras decir misa en la iglesia romana de la Santa Cruz de Jerusalem. Los diablos suelen usar de estos trucos; porque claro, es que si no, no se moriría nadie.

Finalmente, quiero hacer hincapié en que, cuando las fuentes me proporcionaron informaciones contradictorias, no utilicé los datos más contrastados, sino aquellos que demandaba la fabulación. Que a la postre, el drama tiene razones a las que la historia no alcanza.

Jesús Campos García

Bibliografía

SOBRE GERBERTO DE AURILLAC:

CASTELLA, Gastón, *Historia de los Papas*, Madrid, Espasa Calpe, 1970.

GELMI, Josef, *Los Papas: retratos y semblanzas*, Barcelona, Herder, 1986.

HERGENRÖETHER, Josep (trad. y ed. José Vallet y Piquer), *Álbum de los Papas, con los retratos de todos los Soberanos Pontífices, desde San Pedro hasta León XIII*, Barcelona, Casa Editorial La Autora, 1889.

RICHE, Pierre, *Gerberto. El Papa del año mil*, Madrid, Nerea, 1990.

SABA-CASTIGLIONI, *Historia de los Papas*, Barcelona, Labor, 1964.

SCHELLHORN OSB, Maurus, (trad. Manuel Blancafort), *San Pedro y sus sucesores*, Barcelona, Ediciones G. P., 1967.

SOBRE ABEN MASARRA:

ASÍN PALACIOS, Miguel, «Ib Masarra y su escuela», en *Tres estudios sobre pensamiento y mística hispanomusulmanes*, Madrid, Hiperión, 1992.

CRUZ HERNÁNDEZ, Miguel, *Historia del pensamiento en Al-Andalus*, Granada, Biblioteca de Cultura Andaluza, 1985.

CRUZ HERNÁNDEZ, Miguel, *Historia del pensamiento en el mundo islámico*, Vol. II: «El pensamiento en al-Andalus (siglos IX-XIV)», Madrid, Alianza Editorial, col. Alianza Universidad Textos, 1996.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, «El panteísmo semítico», en *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, Editorial Católica, col. Biblioteca de Autores Cristianos, 1987.

SHAH, Idries, *Los sufís*, Barcelona, Kairós, 1994

SOBRE LA ÉPOCA:

ARJONA CASTRO, Antonio, *Anales de Córdoba musulmana (711-1008)*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1982.

CHEJNE, Anwar G., *Historia de España musulmana*, Madrid, Cátedra, 1980.

CHEVALIER, Jacques, *Historia del pensamiento*, Tomo II: «El pensamiento cristiano», Madrid, Aguilar, col. «Cultura e Historia», 1967.

COPLESTON, Frederick, *Historia de la filosofía*, Vol. II «De San Agustín a Escoto», Barcelona, Ariel, 1983.

FLICHE / MARTÍN, *Historia de la Iglesia*, Vol. VII: «El orden feudal» (A cargo de Emile Amann y Auguste Dumas), Valencia, Edicep, 1975.

PICHON, Charles, *El Vaticano*, Madrid, Ediciones Cid, 1962.

PREVITÉ-ORTON, C. W. (Coord.), *Historia del mundo en la Edad Media*, Vol. I: «Desde el Bajo Imperio Romano hasta el siglo XII», Cambridge University Press, Barcelona, Ed. Ramón Sopena, 1978.

RUBIERA, María Jesús, *La arquitectura en la literatura árabe. Datos para una estética del placer*, Madrid, Editora Nacional, 1981.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio, *La España musulmana*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982.

SÁNCHEZ DRAGÓ, Fernando, *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*, Barcelona, Argos Vergara, 1982.

VV. AA., *Enciclopedia de Andalucía*, «El Califato de Córdoba», Barcelona, Planeta, 1980.

VV. AA., *Enciclopedia Universal Ilustrada*, Madrid, Espasa Calpe 1968.

VV. AA., *Historia Universal*, Tomo III: *La Edad Media (Hasta el final de los Stafen: 400-1250)*, Madrid, Espasa Calpe, 1970.